

del camino en que estoy entrando. Si tuve alguna parte en los bienes, otro heredero la llevará dejándome a mí sólo los pecados. ¡Ojalá que así como me obligan a abandonar las fincas que poseo, del mismo modo exonerasen mi conciencia y me fuera lícito dejar mis faltas y que, así como a la fuerza me impelen a alejarme de los placeres de este siglo, yo me hubiese antes separado de los vicios!

Llamáis trabajo el del rico que amontonó tesoros y no para sí, puesto que en breve vendrían a manos ajenas que a él le dejarían pobre y desnudo; pues trabajo debéis llamar también el mío, que yo reuní mi buena hacienda. ¿Y qué harán de ella y de mí que emprendo un viaje larguísimo, para el cual mis parientes, aun los más cercanos, no me prepararán con ella ni el viático para el camino, que me despreciarán como a un extraño, como a quien nada tuvo que ver con ellos?

Pero vosotros, hijos, muerto vuestro padre, ¿a dónde volveréis los ojos? ¿Quién os educará a vosotros, jovencitos? ¿Quién os dará pan a vosotros, huérfanos? Hoy, con mi patria, la casa queda sin apoyo y vosotros como pollitos abandonados por su madre. Parientes y amigos: a vosotros extiendo mis manos suplicantes para que, no olvidándome de la sangre y de vieja amistad, hagáis mis veces en este negocio, y convertidos en tutores y procuradores de estos huérfanos defendáis los campamentos abandonados por su capitán.

Escuchad, os ruego, al predicador; reverenciad los oráculos del Espíritu Santo, porque uno y otros os recomiendan que toméis a vuestro cargo la defensa de los huérfanos y las viudas. Piadosos oyentes: oíd al que os suplica, ayudad al afligido y poned por obra lo que os pido con toda diligencia; confiad que, por los beneficios que me prestéis, aquel misericordioso Dios cuando os halléis en trance semejante se mostrará propicio y os socorrerá el día en que venga a dar a cada cual según el mérito de sus obras.

Mas a vosotros, hijos queridísimos, os amonesto y ruego y pido otra vez que viváis en paz y que seáis manos y misericordiosos y obedientes a los consejos de los varones sabios y que obréis lo que sea de provecho a vuestras almas.

Considerad atentamente y mirad bien que las grandes riquezas que atesoré con mis negocios, de todas ellas ni un solo pelo traeré al sepulcro, excepto el peso de mis malas acciones. Haced, cumplid, hijos, mis deseos; concebid una saludable tristeza por mi muerte, que el supremo Padre cuidará vuestras cosas. Aquella virtud poderosa que acompañó al patriarca José en su destierro y le alimentó en él, esa

misma confío que, en su inmensa liberalidad, mirará por vosotros y os suminstrará vuestro sustento.

Por lo cual os encomiendo a vosotros hijos de mis entrañas, al Padre altísimo, creador de todos los vivientes, que con su inteligencia rige a este mundo y con su benignidad mira por su bien; a El os recomiendo una y más veces y a El le ruego que a vosotros, desconsolados, os anime y os levante si cayereis en alguna degracia. Espero que la Cruz santa del Salvador, cabeza de nuestra salud y precio de nuestra libertad, guardará la casa con todos sus moradores y a vosotros, salvo e incólumes, os llevará a las mansiones de la gloria.

Me queda sólo el haceros una súplica, el volver a vosotros, sacerdotes, y a todo el clero, mis ruegos llamando a vuestra fe; sed solícitos para pedir por mí a la misericordia de nuestro Dios que se digne introducirme en le seno de Abrahán y me lleve seguro con Lázaro, el pobre, a las sillas de los bienaventurados, que tanto he deseado, y me separe de la compañía del rico epulón, que arde en las llamas del infierno. Soy un miembro vuestro por el Bautismo, y como tal acordados de mí; tomad bajo vuestro amparo a mis hijos, pues aunque estoy próximo a dejaros y no puedo devolveros las gracias por vuestros beneficios, Dios, cuyo atributo propio es el de ser liberal, lo que yo os dejo a deber El os lo pagará con larguezas en su reino.

En fin, porque temo muchísimo de que, llevado al sepulcro, me reprendan como reo de la orfandad de los míos y de que yo la he provocado con mi mala conducta, lo único que me queda por hacer es encomendártelos a Ti, Dios sumo, que dijiste por boca de tu profeta: *Deja a tus huérfanos, que yo les daré vida.* (Jer., LIX, 11). Mira, ayúdame y ayuda a mis hijos. Y puesto que mandastes a la muerte que me separase de ellos, recógelos en tu misericordia, madre común de todos los vivos, y compadeciéndote de mí, como en otro tiempo del ladrón, recíbeme benigno ahora que llego a tu presencia. Ruégote que en tu providencia no abandones a mis hijos en la orfandad, que ellos nunca se olvidarán del beneficio recibido de tus manos.

XXI

CONSEJOS DE UNA MADRE EN SU LECHO DE MUERTE: DEPLORA EL LEGADO DE EVA

Meditando en la caída y muerte natural de Eva me llené de estu-

por y lloré la ruina irreparable. Cuando me veía a las puertas de la muerte, y a punto de separarme del cuerpo, en la hora fijada por el decreto divino, quedé pasmada, como quien ha perdido el juicio. Despues, sollozando, exclamé: ¡Ojalá no hubiera sido contada en el número de los nacidos porque ahora no me turbara la muerte ni me tuviera suspensa el día fijado para la partida esperando los males que podrán seguirla!

La culpa de Eva consistió, pues todos morimos, en haber sido la primera, que abrió el camino a la muerte. ¿De qué le aprovechó que le diesen como ayuda a Adán? ¿De cuántos males no fue ella la causa, haciendo a sus hijos merecedores de la muerte y poniendo a toda su posteridad en el trance inevitable de tener que salir de este mundo?

¡Lamentable caída la tuya, Eva! ¡Desdichado el día en el cual, como en un modelo, quedan representados los funerales de todos los hombres y la serie interminable de calamidades que preceden a la muerte! Así, madre de nuestra raza, te has trocado en el lazo de la muerte mientras vive el hombre y en causa de luto cuando muere.

Próxima a la muerte una madre, deshecha en llanto y dolor, convocó a su numerosa prole de hijos, nietos, hermanas y amigos. Reunidos todos en derredor de su lecho, lanzó una mirada, lloró largamente y después comenzó a lamentarse de la orfandad de los suyos, aumentando así el desconsuelo de todos. ¿Qué haré, hijos míos —decía—, en este momento supremo, presente ya el lictor, que no me deja ya más tiempo? ¡Ay! ¿Quién es el que contra mi voluntad me obliga a marchar y me arranca violentamente de mi amadísima prole? Prendas mías, hijos de mis entrañas, ¿quién nos separa mutuamente? Tengo que abandonar de este modo a los que con tanto trabajo crié y está determinado que desde ahora me sea privada de vuestro trato y compañía. Renuncié por vosotros al honor concedido a las vírgenes. ¡Y ahora, después que fui madre, no puedo gozar de mis hijos? ¡Oh, quién me volviese a los años de mi juventud florida! No tendrá hijos, pero tampoco pecado; sería célibe, pero también inocente. ¡Oh, quién me diera veros a vosotros como la madre de los Macabeos a sus hijos! Eva nos dejó este legado fatal, cuya escritura exige como interés la muerte de quien le hereda. ¡Oh madre, que dio a luz la muerte para sus hijos, que concibió y en su parto trajo tantas miserias y en tristísima muerte sepultó a sus hijos! De no haber introducido la muerte no hubiera sentido dolores en el parto, pero los experimentó porque los hijos mueren por culpa suya.

Mirad: muriendo, la hija de Eva nos recuerda el día de la muerte de su madre. Los hijos supervivientes, convocados, según costumbre para celebrar el funeral, acudieron todos y hablaban así a la que luchaba en la agonía: "Madre, amor de tus hijos, ¿qué poder malo te arranca de nosotros? Aquí nos tienes en corona; deseamos oír tu voz; levanta los ojos, míranos: estamos en derredor de tu lecho, te llamamos con palabras de dolor, como la esposa viuda habla al marido ya muerto. ¿Por qué te has callado, madre; por qué no nos respondes? ¿Es que la muerte ya te ha privado del habla? Animo; extiende las manos, saca los brazos, estrecha por última vez a los conocidos, imprime en nosotros tus postreros besos; los cantares que solías tararear a tus hijos, ¿ya nos los niegas? Míranos aquí, postrados de hinojos en la tierra. ¿Dónde has ido? ¿Qué se ha hecho de aquel amor tuyo tan cálido a los hijos? ¿Por qué han cesado ya aquellas caricias de tu rostro siempre alegre, de tu palabra siempre dulce?

Si es que te han robado de entre nosotros, dilo. Y dinos dónde estás, dinos dónde tenemos que esperar o ir a encontrarte. Piensa que somos pollicos tuyos y volveremos, para llevar la recompensa de tu trabajo, a donde en cualquier tiempo gocemos de tu vista. Los que entran en casa hallan sólo tristeza y luto, y las paredes mismas, repitiendo y alabando tus consejos, aumentan el dolor producido por tu muerte. ¡Ay! Cuando te sacaron de casa, ¿quién sembró en ella la desolación, el luto y el llanto? ¿Qué accidente vino a interrumpir el viaje y nos forzó a andar errantes por caminos sin salida? ¿Qué tormenta te lanzó lejos de nosotros? ¡Madre, escucha a tus hijos; madre, mírales cómo lloran y sana la herida que les causaste al morir.

Mira, aquí están tus antiguas compañeras y preguntan por ti y se recuerdan mucho de su antigua amistad y tristes lloran tu memoria. ¡Aunque ya no oyes, porque la muerte te ha impuesto el silencio! Porque no oyes y no hablas, lloramos y gemimos y nuestras quejas salen entre sollozos."

"¡Ay, desdichadas de nosotras –dicen ellas–, que te vemos callada, hermana nuestra, que ya no puedes hablar a tus amigas! ¡Ay! Has dejado vacío el banco de nuestras tertulias porque la muerte te prohíbe vivir y tratar con nosotras!".

"¡Oh dolor, carísimos! ¿Qué voy a hacer? Me rindo, pues la muerte se obstina en que me aparte de vosotros y el ángel de la muerte me obliga a dejar para siempre vuestra compañía. El ángel de la muerte ha entrado violentamente en mi casa, se ha apoderado de mí, y me

arrastra consigo; es inexorable: ni oye los ruegos, ni atiende las súplicas, ni le vencen las lágrimas, ni los lamentos le ablandan; no mira los regalos: desprecia el oro; separa a la madre de los hijos y los deja huérfanos; la hermosura no le mueve; a los fuertes los avasalla, hace hedionda la belleza del rostro y en un momento destruye la arrogancia de los cuerpos: a los ojos los deja ciegos y sordos a los oídos, y el carmín y los afeites los trueca en asquerosas inmundicias, y pisotea al mundo femenino que se cubre de polvos olorosos, y llena a las bocas de quejidos mezclados de ayes de dolor. Esta es la herencia que nos tocó de nuestra madre Eva al morir; recorre el índice de los nombres y haz el cómputo del interés que es preciso pagar a la muerte. Contempla los edificios que esta madre arquitecta nos levantó, que son el sepulcro, las tinieblas, el suplico. Aquí tienes, delante de tus ojos, la cama que hizo y adornó nuestra madre Eva, la rea; aquí el tálamo nupcial que preparó y colocó, a saber: el féretro de los cadáveres en que se les lleva al sepulcro; aquí el camino cerrado que ella abrió a los vivientes, y aquí, mientras nos dura la vida, aquí ves la senda que desbrozó de malezas para que por ella lleven a sus hijos muertos a la tumba.

Hermanas: parad mientes, os ruego, y ponderad lo que he ganado yo en toda mi larga vida: nada ciertamente, nada sino pecados, actos malos, una cárcel oscura, una hoguera y las penas terribles que en ella me aguardan. Los adornos y las galas y los galanteos, mirad en qué han venido a parar; los zarcillos y pendientes y todo mi boato ahora me los arrebata la muerte, a la que desagradan todos estos arreos de vanidad; tampoco me queda nada de aquel menaje de vestidos y objetos, que amontoné con tantas fatigas y excesivo lujo. Cuánto tiempo, ¡ay!, he gastado y qué preocupación tan grande ha sido la mía para inventar modas en el rizo de mis cabellos, una veces ensortijándomelos y dejándomelos caer otras hasta los hombros en graciosas trenzas.

Perezca el mundo que me engañó a mí, incauta, antes de haber conocido sus imposturas. ¡Viejo marrullero! ¡Qué bien cuidó de que yo ni oliese siquiera la separación decretada de dejarle! Y yo nunca presentí la futura mudanza de estas cosas perecederas y que el mismo mundo sería sepultado en el olvido después de la destrucción general de toda la naturaleza. Y yo, inocente, no vi que el barro, que con fingida apariencia me seducía, se iba a quedar aquí, y ojalá que con él se quedasen igualmente los pecados y las lacras con que me ensució y afeó. Creí que era una hermosísima flor, como las que brotan en la

primavera, y que no la marchitarían los ardores del próximo verano. El mundo me sedujo con la apariencia de una juventud siempre florida para acabar por arrastrarme con sus redes. En mi loca imaginación me figuré como granos de trigo escogido el oro y la plata, y con este cebo, cual ave atolondrada, me dejé cazar y la muerte arrebató las riquezas que amontoné para mí y las que, disimulando mucho tiempo, tomé como tales, y la muerte desvaneció mis esperanzas y desbarató todos mis ensueños.

Sinceramente lo confieso: me pagué de la hermosura y afeé a la naturaleza desfigurándola con afeites, y mi ingenio y despejo naturales los vendí a vil precio a la ligereza y coquetería; todas las cosas son falaces, y como el barro, deleznables y perecederas.

La juventud licenciosa, la dulce y halagadora adolescencia, las dos han bajado su cuello a la muerte y las dos están en el sepulcro.

Dígote, mujer que te prendas de las galas en el vestir, y rebuscas los atractivos de la belleza para seducir, que me mires y me contemplerás: estoy firmemente persuadida de que tu desenvoltura te avergonzará; cualquiera de vosotras, engréída por tener muchas joyas o por ir lujosamente vestida; cualquiera de vosotras, ensimismada en la belleza de su cara o el talle airoso de su cuerpo, que lea en mi cadáver lo caduco de las cosas humanas, que llore en él y en él aprenda también: que todo desaparecerá en un instante, lo que sedujo al joven e infatuó al soberbio.

Cuando estemos a las puertas de la muerte, cuando hayamos franqueado el dintel de la tumba, entonces todo lo nuestro se desmonorará y la tierra lo cubrirá, y en fin de cuentas, vendrá a reducirse a nada. ¡Ay! Ojalá se hallasen aquí presentes a mi muerte las mujeres que se dejan seducir por la hermosura que desaparece, las que enloquecen por ir vestidas a la moda; sin duda que se arrepentirán y lo que tanto estiman todo lo despreciarán.

No hay poder alguno que exima al hombre del tributo de la muerte ni quien lo libre del sepulcro: ni los hermanos, ni los padres, ni la corona de los hijos que le rodean, ni la nobleza de la familia, ni el número de los parientes y amigos, ni el oro, ni la plata, ni la hermosura del rostro, ni el brillo de las perlas, ni el lujo de los vestidos, ni los afeites ni los carmines, ni los regalos, ni las ofertas, ni las riquezas, ni los latifundios, ni las dignidades, ni los honores. Todas estas cosas acompañan sólo hasta el sepulcro; pero al llegar allí es preciso abandonarlas, como ajenas y nada convenientes a aquel lugar y a aquel

estado. A los difuntos no aprovechan ni las lágrimas ni los lamentos ni siquiera el luto: únicamente la virtud que fue compañera de la vida será la que no se separe en la muerte. Las oraciones elevadas al cielo y las limosnas distribuidas no abandonan a los muertos y la perseverancia en la fe les suministra armas.

Entretanto, con lágrimas y súplicas que salgan de un corazón compasivo pidamos al Señor por la difunta. ¡Señor! Recibe en paz, según tu clemencia, el alma de tu sierva y colócala entre los santos y elegidos según la muchedumbre de tus misericordias; perdónala, remítela y bórrale sus pecados; no entres con ella en juicio ni te acuerdes de sus desvaríos, porque en tus manos puso su espíritu; te rogamos que la protejas y defiendas con la señal de tu Cruz, y ya que te invocó en el día de su muerte, oye, no deseches la oración de sus labios. Agrégala al coro de las vírgenes santas para que una sus cantos a sus alabanzas y te de gloria a Ti, que debes ser siempre alabado por los vivos y los muertos en los siglos de los siglos. Amén.

XXII

¡HA MUERTO LA DUEÑA DE ESTA CASA!

Las lágrimas humedecen los ojos, tristes nuevas suenan a los oídos, los ayes mezclados de llantos producen el escozor en los labios, y la tristeza oprime el corazón. Tú, Señor, levántame, que esta lamentable pérdida me ha postrado y me ha abatido, levántame de este estado en que estoy sumida.

Hoy han echado a la dueña; por eso su casa entera está arruinada, está sucia y llena de inmundicia. Disipa, Señor, las nubes que la rodean; restablece el orden turbado. Su muerte commueve nuestra casa con los llantos: hasta las mismas paredes las ha oscurecido la tristeza y las ha ennegrecido la suciedad. Que tu luz, Señor, te lo pido, esclarezca estas tinieblas. Así en el espacio de un solo día nace y muere el hombre: el vivir es padecer, y morir, introducir el luto en las familias. Por esto tenéis mucho de que dar gracias al Arbitro supremo de la vida y de la muerte, pues a esta mujer la ha librado de las miserias de este siglo, lleno de calamidades.

El sepulcro, que se tragó a los hombres de los siglos precedentes, también pudrirá el cuerpo de esta mujer y lo reducirá a polvo. Después Tú, Señor, la volverás a la vida y a su antigua hermosura.

La muerte la expulsó de su domicilio raptándola, obligándola a mudar de casa, y desde ahora en adelante tendrá una tumba hasta que el día señalado para la resurrección general de los muertos luzca esplendoroso. De este modo se separan el alma y el cuerpo, pero el cuerpo para tornarse en ceniza; a uno y otra manda Tú: restaura, Señor, al cuerpo y alma a nueva vida para que ya no envejezcan más.

XXIII

PONGAMOS NUESTRA CONFIANZA EN DIOS

Eres el Señor de los justos y de los santos y remunerador espléndido de las obras buenas: te ruego que acojas al alma de tu sierva y la traslades a las moradas celestiales de los bienaventurados, en las que tus santos gozan por una eternidad. También a tu sierva dígnate, te lo suplico, como premio de tu amor, concederle la dicha de alegrarse en el día en que te muestres a todos los moradores del cielo y del infierno. Con tu Espíritu llegó a una edad avanzada; réstale sólo que en el día de tu venida le restituyas el cuerpo clarificado.

El justísimo Juez, hermana, que castiga las malas obras, no negará, no, a las buenas el premio. Aquel Bueno, cuya amistad antepusiste a todo lo demás, te coronará por haber luchado bien y compensará con el descanso dulcísimo de tu alma los trabajos que toleró tu cuerpo.

No se me oculta que no es corto el camino que tiene que andar la que ha recibido el mandato de recorrer el de la eternidad; pero rogad a Dios para que llegue felizmente a la casa que me ha sido preparada.

Queridísima hermana, no temas, no temas: el camino que tú crees áspero no es tal, porque aquel Justo, que te llama, ha allanado las asperezas y te conducirá salva adonde diriges tus pasos.

Temo muchísimo, amigos, a Dios, severo Juez, porque escudriñará cuidadosamente todos mis actos: ya se que a El no se le ocultan los secretos del corazón.

Pero tú, que hasta ahora has vivido santamente, no tienes por qué temer al Juez: una vez que has sabido que todos los arcanos le son conocidos y le están patentes, puedes colegir que no ignora El con qué fin obrabas tú, porque descubrirá que ibas recta y sinceramente. De esto deducirás también que te dará una recompensa centuplicada y mayor a tus méritos.

Os agradezco estas palabras y me alegro; pero suplico a todas mis amigas, con quienes me unió el lazo del amor y el parentesco, y también a vosotros sacerdotes, padres y señores míos, que unáis las preces a los votos, levantéis suplicantes las manos al cielo y pidáis la paz para vuestra hermana, a quien separa de vosotros el eterno alejamiento.

Tú, que imploras nuestras oraciones en favor tuyo, intercede a tu vez por nosotros. Eres compasiva; no te avergüences el pedir por nuestro pueblo, el que, separado en adelante de ti, ya no gozará de tu conversación y sincera amistad, que tan útiles le fueron siempre. Al recordar tus vigilas, tus ayunos y largas oraciones y el cuidado continuo que ponías en vivir honestamente y al verse de súbito privado de tu compañía, nuestro pueblo se aflige, llora y no encuentra consuelo.

No olvidemos aquello que Nuestro Señor dijo: *“El que hospeda a un justo en atención a que es justo tendrá galardón de justo”* (Mateo, X, 41); pongamos nuestra confianza en Dios, que nunca nos veremos defraudados de la recompensa prometida. Yo no confío en mi santidad ni en mis obras ni de otro ninguno me arrojo la seguridad, pues es valedero lo que depende de la palabra del gran Oferente; no obstante, no dudo que cumplirá conmigo y con vosotros la promesa hecha, recompensará la solicitud que me habéis demostrado y por el honor inmerecido que me habéis hecho os guardará salvos. Pido que los coros de los moradores del cielo unan sus cantos con vuestras voces y unos y otros digáis unos mismos himnos, ya que honráis mis exequias con los cánticos inspirados por el Espíritu Santo.

Suplícole, Creador mío, y te pido que, aunque he pecado mucho y por eso soy indigna de alcanzar lo que imploro, recibas mis votos, y ya que eres remunerador de las obras buenas y compensas con generosidad los trabajos y pagas liberalmente a los que luchan con valor, con esa misma minuficencia me des tu gracia, lo que pido, para la familia que me recibió y sepultó. También te ruego que las hermanas, de cuya compañía me veo arrancada y con quienes no puedo volver a vivir, consigan frutos ubérrimos por el trabajo que por mí se han tomado, con el fin de que, adornadas de sus buenas obras, te acompañen cuando vuelvas a tu reino, en el día grande de tu venida. Esta misma gracia pido, este bien deseo a todos los que aquí estáis presentes, para que oigáis un día aquellas palabras del Hijo de Dios: *“Venid, poseed el reino que está preparado para todos mis santos”*. (Mat., XXV, 34.) Las largas vigilas, que soléis juntar desde el día hasta la

noche, y las preces purísimas que hacéis, confiad que vuestro Esposo, a quien servís casta y fidelísimamente, las acogerá compasivo y benevolentísimo y centuplicará el fruto que piden vuestros votos. Os suplico, ya que tanta es vuestra solicitud por mí, que me alcancéis con vuestros ruegos esta gracia: que llevada al puerto de la eterna paz, descance allí sin temor.

Mirad, el que me ha de llevar ha emprendido el viaje impuesto y viene con paso ligero: ya está aquí y me ha sorprendido. En adelante no podrá ir al templo, ni pisar sus umbrales, ni unirme a vuestros coros, ni como hacía antes, cantar salmos: la muerte me ha cogido desprevenida y me ha separado de vosotras. Se ha callado mi cínera, con la que tocaba yo en los funerales, y se han roto los nervios de mi cítara y mi cuerpo ha quedado inmóvil e insensible: el alma se ha volado y ha abandonado, en fin, la casita en que moraba. Mi cuerpo exánime ha quedado sucio, cual está la casa deshabitada. Os ruego, como último favor, que pidáis al Juez supremo el perdón de mis pecados, pues, si bien he faltado y delinquido mucho, he conservado la fe y no la he negado.

Ten confianza, hermana y amiga, que los ángeles de la paz vendrán a tu encuentro, te reconocerán y saludarán como a sierva de Cristo y, porque saben bien que le has servido generosamente, te llevarán al huerto de las delicias y allí, asociada a los coros de los justos y de los santos, gozarás de una eternidad sin fin en la región de la luz perpetua.

XXIV

¡LOS JOVENES, BACULOS DE LA VEJEZ!

A todos los hombres le aguarda el mismo fin, pero será muy molesto y contrariará más a quienes sonríe ahora la juventud lozana.

Tú, Señor, líbrame de este dolor.

Estamos presenciando un funeral que separa con un divorcio perpetuo a los casados y trueca las danzas y cantos en llantos y endechas.

Te pido que tu misericordia lleve a estos siervos tuyos a la cena de las bodas del cielo.

Hermano: la luz que te dio la vida al nacer, esa misma luz te llenó de trabajos y cuidados; ahora la muerte te está llamando a la tumba y

grita: “¡Párate, miserable; respira, tranquilízate, y de gracias a la que al quitar la vida te concede este descanso!”.

Cuando llegue el término de la vida feliz y miserable, que dispone al joven para el sepulcro, y las exequias para el adolescente, entonces ruégote que compenses a tus siervos de los trabajos sufridos en esta vida con los goces de la futura. ¡Oh juventud, corona de los ancianos! ¿Quién ha apagado tu hermosura? ¿Quién ha secado esa flor lozana de tu beldad?

Mas a ti, hermano, te esperan mejores venturas; te está destinada la herencia del cielo y de la eterna felicidad. Alégrate tú, pero lloren los ancianos privados de tu ayuda. Los jóvenes son báculos, los báculos que sustentan a los viejos, cansados de los años. Apoyados en tu gracia y en tus auxilios, Señor, subimos hacia Ti.

XXV

LA CONFIANZA DE UN CORAZON

Este día, triste y nefasto, invita a los ojos a llorar, a las manos a plañir y a la boca a quejarse.

Tú, Señor, dame consuelo en mi luto. La muerte obliga a muchos a llorar, a todos los que entran en casa del joven fallecido con ánimo de asociarse al entierro; todos los que salen de su casa, todos lloran a lágrima viva.

Mas tú, Señor, porque esperamos la bienaventuranza prometida, quítanos esta tristeza.

La muerte disolvió los lazos matrimoniales y en vez del lecho nupcial, ¡ay!, prepara un ataúd. Da, Señor, a tus siervos aquella alegría de la cena de bodas que preparaste a los justos.

La muerte destruye al ser humano; por eso el cuerpo, que olía mejor que el panal de Arabia, después de muerto se pudre rociado con un líquido hediondo.

Señor: enriqueciendo a tu siervo con la felicidad eterna, dale también la claridad celeste.

La muerte separa a los miembros del cuerpo, y al que muere, de los hermanos y parientes; a unos y a otros reunirá y restituirá tu Espíritu Santo.

El día en que ocurra la muerte de los padres y en que se separen

de sus hijos y los dejen huérfanos y desamparados. Tú, Señor, accediendo a nuestros ruegos, a esos jóvenes, destituidos de la ayuda de sus padres, a éos les educarás, les alimentará, les vestirás y proveerás de todo.

En cualquier día que separe la muerte al hermano del hermano y se disminuya el número y se deshaga la trabazón de los miembros, con tu gracia te suplico, Señor, que se cierre esta abertura funesta en el tiempo fijado.

El día en que, fallecido el esposo, quede viuda la esposa te suplico que la vuelva a ver después de colocado en el cielo. Día vendrá en que el amigo se separará del amigo, lo mismo que el toro uncido al yugo se aparta de su compañero cuando le sueltan; que tu amor suelde el lazo del amor mutuo entre ellos.

El día de tu nacimiento fue de alegría para los padres, carísimo. ¡Ay!, el día de tu entierro acarreará tristeza a tus hijos. Confía, porque ellos resucitarán en la bienaventuranza eterna de los justos.

XXVI

¡EL HOSANNA TRIUNFAL DE MI NIÑO!

¡Niño amable, que la gracia formó en el seno materno!
Cuando apenas había visto la luz,
Cayó sobre él la muerte inhumana en torbellino abrasador,
Sacudió las hojas del árbol, tronchó el tallo y secó sus ramitas.
No me atrevo a llorar tu tránsito
Porque se que el Rey te ha introducido en los senos de la luz eterna.
El sentimiento natural me dicta el llanto,
Lo confieso, hijito mío;
Pero, al pensar que has sido llevado a los esplendores de la gloria,
Tengo que evitar el oscurecer y manchar con lágrimas el palacio real.
Me llamarían audaz e imprudente
Si llego a presentarme vestido de luto y lloroso.
Por eso, volviendo a mejor acuerdo,
Sacrificaré una hostia sin mancilla
Y recobraré mi alegría.
Amado hijo, tus cantos alegraban mis oídos.
¡Qué dulzura cuando me acuerdo de tus gorjeos!

Grabadas estarán siempre las palabras que tú balbuceabas,
Con todo, al repetirlas, mi memoria,
Mi pensamiento vuela hasta los coros de los espíritus celestes.
Allí me extasío escuchando a los moradores de la gloria,
Que contigo cantan el hossana triunfal.

XXVII

NIÑO FELIZ, PERO MADRE DESOLADA

¡Oh qué amargo es el luto en el entierro de los niños!
¡Qué dura la separación para las madres!
Espero, Señor, que admitirás a los desterrados de la casa paterna;
Espero que cuidarás a los huérfanos.
Día de tristísimo luto para los padres el de la muerte de sus hijitos:
En ellos les arrebató y rompió el báculo de su vejez.
Ruégote que les fortalezca tu amor.
Ese día triste arrebató a la madre a su único hijo,
La amputó un brazo y la destrozó los demás miembros.
Señor, restitúyele, te lo suplico, las fuerzas quitas.
La muerte ha dejado a la madre triste y desconsolada.
Tú, Señor, mira misericordioso su orfandad y alivia su dolor.
La muerte arrancó de su pecho al hijo;
Le llora perdido, se lamenta de su ausencia.
Que vuelva a verle en el cielo, Señor, te lo suplico.
¡Niños felices, que habéis conseguido la eterna dicha!
¡Ancianos desolados, que la muerte perturbadora sumió en las tristezas sin consuelo!
¡Estos padres, huérfanos y afligidos, imploran tu auxilio, Señor!

XXVIII

PIENSA EN EL MAÑANA

Hermanos, pensad y no olvidad dónde estáis hoy y dónde os hallaréis mañana. Pues quienes ayer hablaban con nosotros y se lucían con sus discursos elocuentes, modelos del bien decir, hoy están mu-

dos y yaciendo en la tumba. ¡Dichosos vosotros los que nunca olvidasteis este día! Comparad a unos y otros: veréis que sois viajeros de un día, a quienes, no habiéndosele marcado ninguna posada en el camino, unos se anticipan a otros y todos se van separando.

¿No va a ser feliz quien para unirse a Dios se separa de la turba?

Como la muerte nos hubiese un día sorprendido hablando y preguntándonos dónde pasaríamos cómodamente el verano venidero o dónde nos prepararíamos una buena habitación para el invierno, que se nos echaba encima, en un instante, volando sobre nosotros, vino el juez con órdenes tajantes diciendo que a todos nos llevaría pronto a regiones muy distantes. ¡Con mucha verdad llamamos dichoso al que piensa y no se olvida que es mortal!

Un hermano así a otro de la mano;
La muerte se interpuso entre los dos:
Como a la unión de miembros gemelos
Los cortó y separó,
Al hermano arrancando del hermano.
¡Cuánto más dichoso llamarás
A quien se apartó de todos
Para buscar al Señor!
La muerte, echando a suertes, se robó la vida.
Encorvó a una estatua prócer,
Quebró y deshizo sus miembros,
Ante la casa abrió una tumba humilde,
En ella colocó los cadáveres transportados
Y en ella sepultó su grandeza y su hermosura.
¡Digno es de alabar Aquel,
Porque a la soberbia de los hombres opuso el sepulcro de Eliseo,
Confundiendo así a los que siguen la sombra de la gloria engañososa.
La muerte cayó de repente en la cama matrimonial,
Acabó las nuevas bodas,
Dejó vacío el lecho conyugal:
Ipsa facta, los epitalamios se troncaron por endechas
Y los bailes en llantos.
¡Dichosa virgen, que quedaste tal!
Se te ha concedido vivir lejos de tu consorte para vacar a ti.

¡LO QUE DICE LA TUMBA!

Contempláis ante vuestros ojos, hermanos, los cadáveres llenos de un humor acuoso, pestilente, en estas tumbas. Admiraos de la audacia de la muerte, que ha corrompido a nuestra naturaleza y ahora la deja en este estado de abyección. Confundió a Adán y pisoteó el orgullo de su raza.

Que no por eso desespere el hombre: es tierra; volvió a la tierra; nació y murió, pero revivirá Dios, de quien es propio el compadecerse, en el día último del mundo retocará su obra y restaurará lo que estaba corrupto.

Segunda vez os pido que no os avergüençe el tener que pasar por el sepulcro: es muy provechoso, hermanos, contemplar las carnes marchitas, que se deshacen a pedazos, y allí, en ellas, esa hediondez que exhalan los gusanos y los montones de cadáveres que la muerte ha hacinado en Hamán, lugar destinado a los difuntos y los esqueletos arrojados, receptáculos de gusanos y de polvo. Estas cosas reprenden a los soberbios, ruborizan a los lujuriosos locos que en tiempos tristísimos fingen y se prometen la felicidad. Consideradlas también vosotros, jóvenes, quienes antes gustaba de ir muy aseaditos y luciendo vuestra prestancia; miradlos y ved qué traje se han puesto los muertos en la tierra del llanto y del luto: la muerte, cual rápido torbellino, aventó todos sus ornatos postizos. ¡Oh, qué olores mefíticos a pus y materia arrastraban consigo aquellos cuerpos, a los que, sepultados ahora, todos rehúyen y de los que se horrorizan afines y parientes!

Venid aquí: acercaos, príncipes y sátrapas, cuyo vicio ingénito es la soberbia; entrad y mirad bien los sepulcros que pisáis; parad mientras a qué grado de desprecio no desciende nuestro ser y sacad en buena lógica cuán fácil es ensoberbecerse, en lo que vosotros ponéis tanto cuidado, siendo la muerte término de todas las cosas.

Los cadáveres enseñan a sus espectadores lo que los libros están repitiendo: a aquel estado, que tanto estupor les causa, llegarán todos los hombres. También vosotros, los que os dejáis seducir por las dignidades y los honores, echad una ojeada a estas tumbas para que veáis, como nosotros, cuál es la vergüenza que nos aguarda. A quienes aquí contempláis fueron unos reyes llenos de condecoraciones; otros, jueces que ocuparon poltronas y llevaron birretes en sus días de

gloria y les pasearon en carrozas de oro. Vedles ahora: a todos, mezcladas sus cenizas con el polvo del vulgo innoble, a todos les pisan indistintamente. Pero no es de extrañar que un mismo fin tuviesen ellos, pues tampoco fue diversa su naturaleza.

No faltéis tampoco vosotros, jóvenes, a este espectáculo aleccionador, a quienes os gusta la elegancia en el vestir, el acicalamiento en vuestros cuerpos; a vosotros no dejará de seros provechoso el mirar, aunque sea una sola vez, estas tumbas. Volved a ellas vuestros ojos y aprended de este polvo que la hermosura del rostro y prestancia del cuerpo con una vestidura frágil, un don caduco de la naturaleza, y, al contemplar la fealdad de este lugar, pensad que no está lejana vuestra conducción a este destierro; formad el propósito firmísimo de despreciar las esperanzas falaces de los hombres y sus vanas elucubraciones: en un abrir y cerrar de ojos se disipan y evaporan...

Los que soñáis despiertos venid pronto aquí; mirad bien y con atención estas tumbas, y si podéis, distinguid al rico del pobre: las cenizas de los dos concurrieron para levantar este solo montón.

XXX

LA ORACION DEL MORIBUNDO

¡Posada concedida a mí para breve descanso! ¿Por qué me prometías un tiempo largo? ¡Mar, receptáculo de pecados! ¿Por qué a mí antes anegados en ellos, me has estado revolviendo en tu profundo sueño? ¡Oh muerte! ¿Por qué repentina me arrastra al luto? Conociendo bien mi impotencia para pagar, me acojo a la misericordia de mi Creador: confío que El saldará mis deudas. ¡Oh mundo falaz! Antes que yo llegase a tener razón y a pensar por mí mismo me forzaste a tributarte el culto de la vanidad; tú, con la esperanza de lucrarte, me obligaste a despedir el mensajero que hacía atrayente la virtud; tú me hiciste caer en los lazos, como a la avecilla incauta, a la que ofrecen unos pocos granitos de trigo: al querer tragarlos me ahogué.. Una sombra ligera, inconsciente, era lo que tú me enseñas a palpar y aprisionar entre mis manos; así, distraído yo con afanes fermentidos, tú, cual fornido jayán que se despierta del sueño, me oprimiste y sujetaste. Los ladrones cuanto hallan y ven ante sus ojos lo llevan, y contentos con el robo, se dan a la fuga; mas tú me rodeaste con

astucia y, no contento con mis vestidos exteriores, me has desnudado y has llevado contigo hasta los adornos que hermoseaban mi alma y ante el mundo entero me hiciste aparecer pobre, desnudo, desterrado y lleno de miserias.

¡Ay! cuando tú me mostrabas sombras y fantasmas, yo, ávido de placeres, temeraria y alocadamente caminaba en pos de ellas; al cogerlas me alegraba pensando que serían duraderas. Mas apenas hube entrado en la adolescencia, cuando, ufano con la hermosura de los años floridos, empezaba a triunfar, la muerte, ladrón repentino, me arrebató la alegría y los placeres y los segó cual flores que empezaban a extender sus pétalos. Vedme aquí presa del dolor y que todos mis sentidos se estremecen: los párpados se me han secado de tanto llorar; vivo en un continuado luto; mis ojos no cesan de derramar lágrimas y mis manos y mis pies están agarrotados. ¡Mi buen Jesús: que mi esperanza, te ruego, desate estas cadenas! Nunca me olvidaré de tan grande beneficio.

Apenas me había hecho a la mar, cuando las olas, agitadas de repente, me llevaron las mercancías que había recogido con mucho trabajo. ¡Ay! Ojalá hubiesen perecido ellas solas y yo me hubiese salvado; pero no sucedió así, que la fatalidad me arrastró con ellas.

Cuando nací, el mundo, lugar de lágrimas y de tristeza, me recibió llorando; cuando, terminados mis días, me instaban a abandonar la luz, el mundo pidió que me diesen el viático para emprender el larguísimo camino de la eternidad y otra vez ofreció por mí el tributo de las lágrimas, suspiros y gemidos.

Después comencé a implorar la clemencia del Juez para que, compadecido de este ser abandonado de todos, condenase las penas ya decretadas. Alguna vez la imagen de la muerte, que se me presentó en sueños, me llenó de espanto. Siempre que me acuerdo del sepulcro, un miedo cerval se apodera de mí. No ignoro que está cercano el día de la muerte, el día en que se descompondrá la trabazón de estos mis miembros y yo, sacado de este mundo, iré a parar en la hoguera que me está preparada.

Señor, al recibirte a ti comí el antídoto de la mortalidad: por Ti espero y confío evitar las llamas, pues, aterrorizado con el temor de la muerte, varé en la playa de la penitencia. Y aunque lo que he trabajado no pase de una hora, seguro estoy de que no me negarás el lugar entre los últimos obreros.

Porque aquí alabé tu misericordia,
Perdóneme allí, aunque indigno, tu justicia,
Y porque te lo he suplicado,
Guárdame
Y sácame del fuego.

XXXI

LA AURA DE LA RESURRECCION

Cuando amanezca la aura de la resurrección los miembros de los justos, despertados con la voz de la trompeta, se juntarán y desde sus tumbas, vivificados por el soplo divino, subirán a los cielos. El que creó el cielo y la tierra los renovará y restaurará su obra; el mismo que lo hizo la volverá a su primer estado.

Cada uno dará cuenta de sus actos; a quienes halle dignos de su convite regio les inscribirá y no permitirá que nadie falte a la cita. Entonces los hombres a quienes la virtud sublimó y colocó en el cielo se alegrarán y cantarán epinicios de victoria, y al sonido de la trompeta, al momento, reunidos en apretado haz juntamente con los ángeles, precipitarán a la muerte en los infiernos.

Y al aparecer los ejércitos celestiales, los pecadores pagarán las penas merecidas, y serán echados a la cárcel oscura y a las llamas, ellos, que, hinchados con sus riquezas, despreciaban a los justos.

Las puertas del Paraíso, cerradas al llegar ellos, se abrirán de par en par. El querubín que hace de portero les recibirá con todo respeto, y yendo a su encuentro, muy gustoso tocará un pasacalle alegre con la cítara. Y viendo luego venir al Esposo desde el Oriente, que avanza con grande majestad, al instante cesarán su penas y, traspasando el aire en raudo vuelo, caerán de hinojos ante el Juez, adorándole. El, hablándoles con palabras llenas de benevolencia y acogiéndoles, dulcemente dirá: "Venid, herederos del reino inmortal, y colocad en vuestras cabezas las coronas que habéis ganado a puño con vuestro trabajo." A los culpables y a los inocentes va a probar el fuego explorador; por él pasarán también los justos, para ellos agradable, placentero. Otra será la suerte de los malos: les abrasará, cebándose en ellos. Será destruido el abismo, la tierra quedará desierta y vacíos los sepulcros, y los hijos de Adán, sacudido el polvo, subirán al cielo siguiendo al Señor.

LOS LIRIOS DEL JARDIN DEL CIELO

Son los niños, Señor, tu porción querida;
A ellos les darás las sillas en el cielo sobre las estrellas.
Hazles, te lo suplico, nuestros intercesores.
Te alabaré en gran manera,
Porque tales convidados mandas sentar a tu mesa.
El Reparador de nuestra salud abrazó ante el pueblo a los niños
Y delante de todos los bendijo.
Para mostrar que le agradaban la pureza y la inocencia de esta vida.
Vio el que en sí mora, como de asiento, la justicia,
Que las iniquidades de los hombres habían crecido mucho,
Que, aplastada la inocencia,
Por doquier reinaba la contumacia de los malos.
Llamó junto a sí a la falange de los niños
Y la colocó en la mansión de la gloria,
Mandando al mundo al Profeta.
Cual lirios trasplantados de una tierra inculta y desolada,
Los niños han crecido en el invernadero del jardín;
Como perlas preciosas han sido engastados en la corona del Señor.
Han subido de este suelo;
Allá alaban sin fin al autor de su felicidad.
¿Quién no se regocijará viendo a los niños en el cielo?
¿Quién llorará su muerte?
Por ella escaparon a los lazos de los vicios.
Plegue a Dios que, con su divina gracia,
Consiga yo tal fin y pueda gozar del convite de su felicidad.
Alabado y glorificado sea el Dios óptimo y altísimo,
Que sacó de la tierra a los niños y se los dio al cielo,
Libró a los parvulitos de las miserias de esta vida,
Los trasladó a la mansión dichosa
Y puso a seguro su felicidad suavísima.

XXXIII

LA ALABANZA DE LOS PARVULITOS

Para Ti, Señor Dios nuestro, es ya perfecta la alabanza
Salida de la boca de lo infantes que no hablan
Y de los niños que maman.
Son inocentes corderitos que crecen en el jardín de las delicias;
Hechos moradores del reino celestial,
El Espíritu Santo dice que se apacientan con las hierbas verdes,
Las que crecen en los montes nemorosos.
Allí siguen al arcángel Gabriel, pastor de este rebaño de elegidos.
Han conseguido las gradas de los que vivan piadosa y constantemente,
De las vírgenes que se aventajan en dignidad:
Son hijos de Dios y linaje del Espíritu Santo,
Moradores del cielo, familiares del Altísimo;
Viven en la tierra que el pecado no manchó;
De este suelo sujeto a maldición no guardan ellos memoria.
Pero vendrá el día venturoso entre todos:
Sus cuerpecitos oirán la voz de Dios y saldrán de sus sepulcros;
Aquel día la lujuria, enemiga de la virtud,
Irá humillada y confusa en su presencia,
Como quien ha sido impotente para conquistar sus almas;
Cortos fueron sus días acá en la tierra;
El Paraíso hales recibido en su seno para vivir eternamente;
Sus padres lloran por estar privados de su presencia:
Su sola aspiración es la de volver a juntarse pronto con ellos.

XXXIV

¡A TODOS IGUALA EL SEPULCRO!

Meditaba junto al sepulcro en que he de ser enterrado y quise saber de quiénes eran los cadáveres que allí yacían.

Al entrar en la huesera me encuentro a jóvenes a quienes había yo conocido, jóvenes muy inteligentes, ya reducidos a polvo: su hermosura, que antes me cautivó, había desaparecido enteramente. Estupe-

facto ante aquella mudanza, ¿dónde está, me decía, aquella elegancia? ¿Quién ha reducido a la impotencia aquel vigor juvenil de los años floridos? Todo ha venido a reducirse a ceniza, y deshecha la unión, la disposición, la proporción de las partes, todo está confuso, todo destruido. ¿Y el fulgor de aquellos ojos? ¿Y la belleza del rostro y la proporción admirable del cuerpo, dónde están? Comprendí que todo había sido sombra: disueltas y desatadas aquellas ligaduras y junturas de los miembros, de toda la hermosura del joven ya no quedaba nada. Y comprendí lo caduco de nuestra naturaleza y exclamé. ¡Oh, a qué vendremos a parar! Y me admiraba la astucia del diablo, que se arregló para lanzarnos en tanta miseria, y pensaba que yo mismo estaba sujeto a este mismo suplicio y que muy pronto caería en estas tinieblas, y derramé copiosas lágrimas. Consideraba alegre la vida de este mundo al compararla con la cárcel del sepulcro, al que me veía impedido, y resolviendo en mi imaginación cuán grande mal era el que me estaba aparejado, me lamentaba de mi triste situación. Después, levantando mi pensamiento a la consideración de la nobleza primera de nuestro ser y comparándola con nuestro luctuoso fin, exclamé: ¡Ay, ay, en cuántas calamidades nos sumió Adán a sus hijos! Yo, que había visto en el cenit de la gloria y la prosperidad a tantos y los veía entonces en sus sepulcros deshacerse en la podredumbre más fétida, ¿cómo no iba a llorar y gemir? Y al hacer la comparación entre los que vivos conversaron con nosotros y los que veía ahora muertos en sus tumbas, entristecido ante aquella imagen, me repetía a mí mismo: ¡Oh desdichada descendencia de Adán! ¡Oh, qué mala suerte se te depara!.

Hoy vivimos, hablamos y tratamos de mil cosas y mañana, sin poder decir palabra, estaremos sepultados y confundidos entre tantos otros que ya no hablan tampoco. La hermosura del que hoy te admira y deleita, mañana, cuando le veas mudado, te horrorizará y te hará huir de él: el que hoy despidé suaves olores, mañana insoportable hedor; al que hoy ves correr, mañana le verás inerte; al que todos le tributan honores casi divinos, todos le dan la presidencia, mañana verás que le llevan muerto y poco después pudrirse en la tumba. Mira: guarda silencio, duerme, se pudre. ¡Qué gloriosa la entrada de Adán en la vida! Pero ¡qué despreciable, qué sucia su salida de este mundo! Al nacer le recibió el Paraíso, al morir le cubrió la noche oscura. Cuanta mayor fue su gloria al nacer, tanto mayor su ignominia al morir: los días primeros de su vida los alegró la sombra del Paraíso y

la podredumbre y los gusanos le infaman en el sepulcro. ¡Qué alegre fue su estancia en el Paraíso! Pero, ¡qué sucio y horrible su olvido en el sepulcro! Allí obtuvo los mayores honores, aquí las mayores ignominias. Su primera morada fue casa de placer; la mitad de su vida, tiempo de calamidades y trabajos; su fin tristísimo, misérrimo. ¡Oh muerte del hombre, qué llorosa eres! ¡Miserables, de dónde hemos caído y en dónde nos hemos hundido! Hemos sido arrojados del Paraíso y echado en un sepulcro, expulsados de la compañía de los ángeles, perdidos los deleites del jardín deliciosísimo para ser entregados como presa a la corrupción, a los gusanos, para paseo de las serpientes. Así aquella gloria primera, que llenó de resplandor a nuestro primer padre en el Paraíso, la recogieron los rebaños de gusanos, que comerán nuestros cadáveres y trocarán en la pociña más infecta la hermosísima casa de nuestros cuerpos, obra insigne del Padre Eterno, entregada para pasto de la polilla. Por haber caído Adán de la cumbre de su gloria y dignidad, sus descendientes vinieron a parar en un sepulcro. La causa de tanto mal no fue otra que la culpa de Eva: ella se convirtió en autora de nuestra caída y de nuestra muerte en el momento que se dejó prender en las redes dolosas del diablo. Este, valiéndose de la serpiente, la fascinó; después venció a la cabeza de nuestra raza: inútil es que busques tú otro origen a nuestras miserias.

Todo esto, hermanos míos, todo esto me recordaba yo al encontrarme entre tantas tumbas, cuando de repente mi alma se remontó más arriba y quedó suspensa en la contemplación de la justicia de Dios, pues la muerte declara al Juez y quien sea, un juez que a todos por igual encierra en el sepulcro. No respeta los cetros de los reyes, no distingue entre grandes y plebeyos, sino que, como en apretado montón, trae a príncipes y súbditos, a ricos y pobres; y así como la justicia de este equísimo Juez, que ha de distribuir a cada cual según sus méritos o deméritos, sin hacer distinción de personas, así la muerte no distinguirá tampoco fijándose en las apariencias en aquel momento, cuando ha llegado la hora prefijada. Por tanto se llevará al rey desnudo, como suele llevarse a otro cualquiera de la plebe, y como al más bajo, a él también le atará al cepo para arrastrarle con el plebeyo hasta el sepulcro. La muerte despoja de sus insignias a los reyes, reduciéndoles a simples ciudadanos privados; al llegar a su puerta todos dejan el ornato con que acá se ataviaron para figurar: ella humilla a los soberbios que soñaron cosas grandes, y acabado el funeral, los lanza a la cárcel tenebrosa, y no tratará mejor a los que se jactan

de su fortuna y están muy pagados de sí; antes bien, los arroja al calabozo común en donde se hallan detenidos los malhechores, para castigarles con las mismas penas: a todos los hombres iguala el sepulcro. Este invento se encontró como remedio poderosísimo para humillar su soberbia, para que entendiesen que no debían enorgullecerse ni tenerse más que los pobres y los débiles; por eso también ellos fueron condenados a sufrir igual corrupción y fetidez.

Sigue más adelante y contempla, una vez más, la justicia equísima de este Juez, la que nunca manchó la dignidad del poderoso ni doblegó jamás la opulencia del rico. Visteis a un rey venerado antes por las insignias de su dignidad y colocado en lo más alto de la gloria y del honor y vedle ahora reducido a polvo. En uno y otro estado de este rey alaba tú al Altísimo y admírale. Alcanzaste a ver a aquel rey vestido de púrpura y escarlata, ovacionado por todos; contémplale ahora, puesto en el sepulcro como el común de los mortales, y bajo su cadáver mira las polillas y los gusanos. Fuiste testigo de los honores y servicios que se le tributaban, cual si fuese Dios, y que él se arrogaba a sí solo; pero al que hoy todos preferíamos y dábamos honores divinos, mañana le verás difunto y pudrirse en la tierra entre el desecho de la plebe y pisado y mofado de todos.

Yo me admiraba de esta igualdad tan grande de todas las cosas humanas y que llevaba a todos la muerte sin distinción, igualando a los altos y bajos, y me imagina ver un símbolo de la justicia de Dios en el gusano, que también sin distinción roe y consume todos los cuerpos.

.... El nacimiento, la muerte y la corrupción de los cuerpos son iguales para todos los hombres: en estas tres cosas nadie aventaja a otro, nadie es mayor o menor que su vecino. La resurrección también será común a todos: a todos, buenos y malos, en la general restitución de los muertos se nos devolverán nuestros cuerpos. Digo que todos resucitaremos igualmente, aunque no a todos se darán iguales premios o castigos. Estos serán, según examen justísimo, proporcionados a los méritos de cada uno. Después, en la distribución, se nos dará el lugar que nos hayamos preparado cada cual, y ese ocupará eternamente. La resurrección será común; pero el juicio o examen particular, de cada uno. Mira qué lugar y qué casa te preparas mientras vives; la que tú edifiques, esa te darán...

Pero ánimo, hermanos; arriemos velas, cambiemos de ruta, y reconocidos a los beneficios de nuestro Salvador, que bajando a este

mundo aseguró a nuestros cuerpos la inmortalidad, pensemos un momento, esta verdad, la verdad de la resurrección. Demos gracias al Padre Eterno, que se dignó hacer a su Hijo allegado nuestro para que, oscurecida con el vestido de nuestra carne la majestad de su propia naturaleza, también gustase la muerte y con su resurrección anunciese y representase nuestra reparación. Sapientísimo médico, gustó el primero la medicina que daba al enfermo para animarle a tomarla, pues viendo que los hijos de Adán tenían horror y miedo a la muerte, con su muerte nos le quitó. De aquí el que después de muerto Jesucristo nos parezca la muerte un sueño y una reaparición del cuerpo, que durarán sólo hasta nuestra resurrección.

Dulcísimo y benignísimo Señor: reconocidos estamos a este tu beneficio y te alabamos, pues al salir Tú vivo otra vez del sepulcro, nos dejaste escrito el modelo de nuestra resurrección y, hecho primogénito de los muertos, nos diste la prenda segura de la inmortalidad que nos has de conceder: en Ti esperan los muertos al prometerse ellos resucitar también un día. Tú eres el sol: pues ábreles el día, te lo ruego; devuelve la alegría a los tristes. La tierra cubre a los muertos como cubre a la semilla que el labrador le ha confiado; Tú, Señor, envíale la lluvia vital, y con esa humedad rociados, los cadáveres retoñarán con nuevo vigor. Los muertos yacen humillados en la gleba; mas si tu rocío se vierte sobre ellos, cual campos sembrados, producirán al instante copiosa mies en los surcos que abrió el arado. Su silencio espera la voz de tu mando: están pidiendo tu luz en sus tumbas, en la que tienen puesta la confianza de su vida inmortal y de poder abrir sus bocas para alabarte y darte gracias por la victoria que han alcanzado. ¡Señor clementísimo! Pléguate por fin levantarnos de nuestra postración, ordenar la trabazón de nuestros miembros y rehacer los cadáveres, reducidos a ceniza; con tu hálito de vida confiamos que repararás las pérdidas sufridas hasta el presente. No nos queda sino ensalzar los beneficios que tu bondad ha obrado en los vivos y los muertos. ¡Señor! Tus hijos estos, los postreros, celebrarán tus méritos incommensurables y en adelante no se oirán más que alabanzas a tu nombre.

¡VANIDAD DE VANIDADES!

Al recordarme del último día fijado por el Redentor para su venida, presa del temor del juicio futuro, me temblaron las carnes: no se me ocultaba que sería día de sentar en las sillas de los bienaventurados a los atletas vencedores. Aquel recuerdo y representación me sugirieron lo que ahora os diré. Acercaos, hermanos, compañeros y padres jurisconsultos, y parad mientes en ello, os ruego; no os detendré mucho. Estáis viendo que se me escapa la vida. ¿Qué de grato tiene ésta, qué otra cosa es sino dolor? ¡Qué condiciones y estados tan distintos! ¡Qué instable, qué tornadiza su fortuna! Todo lo humano acaba, corre y desaparece; todo menos la verdadera fe, la verdadera santidad, cosas ambas que nunca nos deben avergonzar ante el público.

Recordad cómo se llevó la muerte repentina a nuestros mayores: bien sabéis los trabajos que hubieron de soportar y con cuántas calamidades fueron probados. Ahora, con el correr de los años, la tierra se ha tragado a los muertos y se los ha asimilado; cayeron reyes poderosísimos y con su caída aplastaron a los reinos: las tierras que ellos sometieron no fueron potentes para sostenerles en su ruina, ni los pueblos subyugados, por ellos con las armas les dieron ninguna esperanza, y en su aflicción no les ayudaron sus riquezas, más copiosas que las arenas del mar, ni sus posesiones, casi imposibles de consignar en los catastrós.

Fueron ellos quienes fundaron ciudades para perpetuar la fama de su nombres a través de los siglos; quienes las amurallaron con altas almenas, las fortificaron con castillos y quienes erigieron en ellas grandes estatuas y mandaron pintarlas, pensando que serían testigos y monumentos perennes de su poderío y de su gloria. Mas, ¡ay! la muerte ha destruido sus castillos en el aire, la muerte ha desbaratado sus planes: a ellos mismos les ha despojado de sus bienes y de la vida y reducido a cenizas sus cadáveres.

Fueron aquellos magistrados que brillaron un día, encumbrados en los más altos puestos, y que toda su gloria fue viajar en coches ricos tirados por caballos los más veloces y mejor enjaezados. ¿Y qué? ¿A éstos no les precipitó la muerte repentina y no les robó y dio con ellos en la tumba? ¡Oh! Ahora sus cuerpos podridos son pasto de las lombrices y gusanos.

Alguien preguntará: ¿Dónde se encuentran aquellos generales valientes, conocidos por sus hazañas en el gobierno de la república y en los campos del honor? Pues también a éstos una idéntica suerte los ha inscrito entre los desaparecidos vulgares para dejarlos pudrirse en el polvo de donde salieron. O decidme: ¿a qué tierras se fueron los ricos, a quienes abrasó la sed insaciable de amontonar oro y atrojarlo para los años de la vejez? Ved cómo les robó la muerte los dineros que reunieron. ¿Queréis más? ¿Queréis saber cómo acabaron en breve las elegantes féminas, las hijas de Eva, con la hermosura de su rostro, el talle y toda la apostura de su cuerpo, sus amplias y ricas hopalandas? Como a las demás, también a éstas se las llevó y redujo a pavesas la muerte.

Hermanos, no hizo el oro a ninguno inmortal, ni los latifundios alargaron la vida a nadie más allá de los términos prefijados, ni exigieron del tributo de la muerte tirana sus cetros a los reyes: la fortuna de los poderosos y de los príncipes es caduca y perecedera y de su caducidad dan testimonio la muerte de sus cuerpos y sus nobles cenizas.

La muerte hizo caer a su pies a los mismos caudillos de los pueblos que impusieron leyes a otros y acumularon crímenes; al yugo de la muerte se sometieron los tiranos que hundieron a las repúblicas con sus iniquidades; tampoco perdonó a los ricachones, a quienes su avaricia les enseñó a considerarlo todo como vanal, y menos dejó impunes a los ladrones; a estas dos clases de hombres les da a comer polvo en vez de oro.

La muerte llama y juzga al navegante, avezado a desafiar las olas en frágil naveccilla; contra su voluntad se lleva a los literatos porque despreciaron la verdadera sabiduría; a los que se pagan de su ingenio y de enterados de las cosas les quita la voz y el entendimiento; a los filósofos, que todo lo quieren indagar, les para en sus elucubraciones; deja sin movimiento allí al ladrón, oprimido por su raptor; acaba con la esclavitud colocando a la diestra del supremo Señor a los siervos; el arador ya no romperá la tierra con la reja y acabará la muerte su labor, y la muerte también postrará en el polvo a los avaros, que no pusieron moderación a su codicia de los bienes caducos, y la muerte frenará el orgullo del jactancioso y la inmodestia de los ojos.

Después de la muerte no serán necesarios los zapatos trabajados con mucho primor, que allá los pies estarán oprimidos en duro cepo, y los vestidos preciosos, desgarrados, podridos, acabarán en el polvo: el

lazo insoluble de la muerte impide salir del sepulcro a los cadáveres desnudos.

¡Ah! No descienden a la tumba ni los magníficos palacios ni los aparadores ni las camas blandas de los ricos encerrados en aquella cárcel; todo esto pasa a manos ajenas: que no se lleva allá los bienes quien deja este mundo y tampoco lo que lícita o ilícitamente allegó; aquel justísimo Juez lo aquilatará todo.

Una trompeta dará el carinazo para anunciar la próxima venida del Hijo de Dios y a su sonido se conmoverá el orbe entero, sacudido fuertemente. El sol y la luna disminuirán su luz; los astros pararán sus acostumbrados movimientos; los cielos perderán su ornato; lo que el arte excogitó y fingió, combinando las perlas y el oro, se reducirá a la nada, y la devastación y la soledad asolarán las grandes urbes. Los buenos irán al reino prometido y, trasladados al Paraíso, gozarán por toda una eternidad; los impíos rodarán hasta el infierno, castigados a penas merecidas: allí, reprendiéndoles la conciencia sus pecados, gritarán: *Justo es tu juicio, Señor, Rey nuestro.*

Obrad, pues, hermanos, como cuerdos y ayudémonos mutuamente con nuestras exhortaciones. El que siente remordimiento de los pecados cometidos en su vida pasada, que los redima con la limosna; el que fue charlatán y se acostumbró a murmurar del prójimo cuantas veces se le presentó la ocasión, que pese bien las palabras y refrene su lengua y no diga lo que no debe y aprenda a temer el juicio de Dios; el que amontonó más alimentos de los que le bastaran para muchos años conténtese con poco y no ande solícito del mañana, que es incierto; y a quien le abrase la avaricia el pecho, que mire el ejemplo de Giezi y tema su muerte desastrada; mas el que acostumbró a repartir con los pobres los bienes de su pobreza que no se olvide del santo Job, que imite su ejemplo, que él partía su mesa con los hambrientos: el que así obre tendrá la misma gloria que Abrahán. Que todos, hermanos, tengamos unos mismos ideales y preocupaciones: la salvación de nuestras almas. Obremos de modo que vea El, que es bueno, nuestra voluntad y sincero amor a El, para que nos abra sus puertas y nos reciba en su casa y vivamos de su misericordia.

ALTERCADO ENTRE LA MUERTE Y EL DIABLO

Oí altercar la a muerte y al diablo sobre quién de los dos era el enemigo más poderoso del hombre. La muerte exageraba su poder, capaz de sujetar a todos los mortales; el diablo sus mañas, con las cuales, cuando le place, suele precipitar a los hombres en los más horrendos crímenes y perderlos.

Por favor, asistid y juzgad vosotros, no sea que ambos se atribuyan injustamente la victoria sobre nuestra pobre naturaleza, cuando sucede todo lo contrario, que, vencidos uno y otros, nunca triunfan y no les queda ni la esperanza de ganar.

—¡Ven acá, Muerte!— gritaba desaforado el diablo—. ¿Por qué insultas a los soberbios y a los buenos? Son hijos de tu Señor y al presentarse ante ti no obedecen a tu poder, sino al mandato de su Padre.

—Pero a ti, malvado tentador— replicaba la Muerte—, a ti te obedece el que quiere; yo a todos me los arrastro forzados al sepulcro, sin que les valga su resistencia.

—¡Mentira, mentira! —respondía el diablo—. Me avergüenzo de que me llamen tirano y de tener esclavos en vez de hijos; por eso me complazco en seguir camino distinto y me valgo de promesas y de placeres para tener súbditos voluntarios y contentos y no forzados y que obedezcan a remolque.

—Mas si quienes te dieron el poder —le instaba la Muerte— te le quitasen, ¿serías capaz de infringir su mandato? ¿Quién ha sacudido nunca mi yugo o quién podrá desasirse de él?

—No seré yo quien lo niegue —replicaba, más acobardado ya, el demonio—; pero confiesa tú que se sujetan a tu yugo únicamente los que, por faltarles las fuerzas o la salud, se ven obligados a ello. Yo, en cambio, salgo victorioso con tanta mayor gloria cuanto mayores son las fuerzas, las riquezas y el poderío de mis enemigos.

ESTRAGOS Y CASTIGOS DE LA PESTE

Ha publicado la muerte luto general; ha estremecido a los pueblos y a las gentes, a los reyes y a los príncipes, a los gobernadores y a los sátrapas; ha bamboleado toda la tierra; ha sacudido las islas y los mares y ha removido en sus cimientos a todo el universo; ha acelerado las edades y los tiempos del mundo y ha cavado una sima profundísima y muy ancha: la tumba preparada para receptáculo de los cadáveres de todos los siglos.

Sentada está en medio de la región de los muertos y cortejada a la usanza de los reyes; junto a sí tiene el confuso tropel de los seres humanos, cuyo número sólo ella conoce. La Muerte, a quien nadie puede eludir, a todos los ha arrastrado junto a sí. A sus pies ha postrado a la mayor parte de nuestra raza y la ha echado a la oscura cárcel, y a los vivos, que hablan, con los muertos, que no dicen palabra, les ha mezclado en confuso montón. Son visibles todos los sepulcros, pero los palacios grandes cerrados están y llenos de inmundicia: los primeros repletos de cadáveres y sin habitantes los segundos. Transita por el camino del cementerio una multitud de hombres y el de la vida se va quedando desierto; el abismo y el pudriero no se sacian ni las tumbas dicen tampoco. “¡Ya basta!” Todo se va quedando yermo, sin vida, sin fuerzas: las casas vacías, los trabajos parados e incultos los campos. A todos obliga ya el buscar un sepulcro, y el sepulcro les tiene preocupados de día y de noche y nadie deja este cuidado para el día venidero; todos solícitos por prepararse la tumba donde descansar: el sepulcro ya les parece mejor que la cama más blanda. Cada cual se ocupa en tallar bustos, tantos como son los miembros de la familia. Los pobres se reparten el módico ajuar de que disponen mientras compran apresurados los paños para la pompa del funeral. El dinero y el oro ya no se estiman: la preocupación de todos es que no les falte una tumba para después de su muerte. De todas partes concurre al camino del cementerio una multitud ingente, pues es tanta la mortandad que apenas hay lugar para sepultar los cadáveres. Mientras tanto, unos celebran los funerales de los suyos por defunción de los embalsamadores o enterradores; están insepultos en los caminos los muertos; los montoncitos formados por los sepulcros impiden transitar libremente; la peste ha descompuesto los cadáveres insepultos.

Después, hasta el mismo cultivo de los campos y su tránsito por ellos extendieron el contagio. Y haciendo su aparición la muerte, vino la desesperación, y, como quienes no confiaban ya vivir, los hombres se preocupaban sólo de su sepultura, creyéndose bastante más pagados con ocupar la tumba antes de muertos que de verse privados de ella después de fallecidos. Los que quedaban sanos llamaban dichosos a los que arrebataba la peste, pues a éstos se les tributarían y harían las exequias de costumbre.

El suelo, infestado por los cadáveres en putrefacción, impregnó el ambiente de un olor fétido, insoportable; la belleza de los rostros desapareció por efecto del contagio con los cadáveres descompuestos; los jóvenes más agraciadas tornáronse más feos que el lodo, y la muerte convirtió en montón de gusanos los cuerpos más elegantes, los cuerpos más pagados de figurar en el mundo de la belleza.

Verías aquellas concurrencias a los sepulcros humanos, hombres, mujeres vivos y muertos: los muertos sepultados y los vivos llorando a los muertos; los rostros pálidos, sin figura humana: el esclavo ya no se diferenciaba del amo ni el que fue hermoso del poco agraciado. La peste lo invadió todo y, cual segador, cortó sin distinción a cuantos halló a su paso: arrebató a los niños de los pechos de sus madres y ahogó a los infantitos en sus propias cunas, y en el campo cogió a los jóvenes y en casa robó a las doncellas; mató al esposo en el banquete de bodas, convirtiendo los festejos nupciales en luto; descompuso y despreció futuras bodas, hizo rodar los lechos de los esposos, suprimió las músicas y los bailes y en las casas introdujo la tristeza y el llanto.

Aquel salía de la ciudad con intento de emigrar a otras regiones: la muerte se le hizo encontradiza y le mató; éste estaba para llamar en el umbral de la casa vacía y la muerte le respondió desde dentro; el otro había entrado en la plaza y la muerte no le dejó salir; otro pensaba emprender un viaje y la muerte le sorprendió y se le llevó; otro había preparado la mesa y la muerte se interpuso y le impidió gustar los manjares, ya aderezados, y otro escapaba de un amo sin entrañas y la muerte, saliendo al encuentro del fugitivo, le dio la libertad: a todo el que se hace encontradiza le prepara una tumba.

Las casas vacías llenaron y cubrieron las hueseras; los sepulcros abiertos se cierran al instante y las puertas cerradas de las casas denuncian la ausencia de sus moradores. Por todas partes desaparecen las risas, las alegrías; por todas parte reina el llanto, la tristeza; por

todas partes se extienden los gemidos, los dolores y el estupor. Ya la misma tierra llora las calamidades de sus habitantes y pide con muchos y suplicantes ruegos a la misericordia divina que, aplacada, ponga fin a tantos males. “Señor, Señor —dice—: modera a la muerte, que no se va a saciar nunca con nuestros muertos; mándale que contenga su mano de segar más vidas. Me he quedado desierta —dice— como una viuda; atónita, desatino ya: ni se si estoy en mí. Los caminos están desiertos y desiertas las casas y, muertos los ciudadanos, está silenciosa la plaza; escucha las voces de los muertos, mansísimo Dios; oye los gemidos de dolor. Lloran los campos las muertes, los arados se han parado, los ganados lamentan al pastor que les arrebató la peste y sin pastor andan errantes por montes desconocidos; el caballo está mustio, porque ha caído muerto el jinete, y con sus relinchos se duele del fallecimiento de su amo; los campos, por faltar el labrador, se llenan de malas hierbas, y, por falta de cultivo también, crecen entre las viñas, que pacen los ganados.

Suplícole, Señor, que sellas ya las puertas del abismo y de la muerte y las tumbas que ella ha abierto con el azote de la peste. Sucias y malolientes están las casas, y por falta de transeúntes, veo tristes las cales, antes concurridas; las camas y las habitaciones despiden olores pestíferos de las heridas y a muerte huelen los caminos y las encrucijadas; dentro y fuera y por doquier, el aire infecto exhala un hedor pútrido de cadáveres. La muerte se ha erigido en nuestras mismas casas un lagar, conocidísimo en toda la redondez del orbe: en él ha hacinado a nuestro pueblo y le pisa y exprime como a las uvas.”

Hermanos: considerad y no olvidéis la causa por qué la peste se ha enseñado con nosotros. Aunque se haya enfriado nuestro corazón y se haya endurecido como las piedras, no por eso debemos dejar de sentir los males que nos han sobrevenido. Por tanto, vigilemos sobre nosotros mismos, que acaso, vengando Dios nuestros crímenes y mañana le odiemos. Aplaquemos, pues, a Dios con nuestras continuas plegarias para que al fin haga cesar la peste, para que, compadeciéndose de nosotros, aparte tantas calamidades y nos haga dignos de subir con él a las mansiones dichosas en el último día de los tiempos.

¡DESOLACION ATERRADORA!

¿Para qué inquirir lo que sucedió en tiempos remotos y lejos de nosotros? ¡Ay! La muerte está en nuestras propias casas y se ensaña contra los hombres sin distinción de edad; armada con la vara de la ira, no perdona: a padres e hijos lleva al sepulcro; sus cadáveres los oculta en la tierra; después que los huesos se hayan disgregado los aventará por donde lo permitan las distancias de las tumbas.

Los tiernos niños expiran entre los brazos de sus madres; cual hojas marchitas mueren los jóvenes, y los vientres que dieron a luz vivos también siguen a los muertos. Una madre falleció repentinamente cuando el niñito mamaba su pecho o ella le besaba y jugaba y atusaba su cabello crespo; el niño, mientras tanto, balbucea el nombre de su madre y no siente que ha quedado yerta: ¡así suspendió la muerte los dulces cantos y suaves ósculos!

¡Ay, ay! ¿Dónde escapó aquella fuente inexhausta del amor materno? ¿Cómo se callan los labios cerrados, tan blandos cuando hablaban? ¿Por qué los frutos de sus entrañas ya no chupan besándolas? Amigos, ¿por qué no os subleváis contra una madre cruel que no siente la necesidad de auxiliar al hijo que se va a morir en su regazo? Mujer, ¡qué dura, qué bárbara eres, que no te ocupas ni siquiera del fruto de tu vientre! Qué, ¿acaso no es éste el que llevaste nueve meses? ¿Es distinto de aquel que para darle a luz te enamoraste y abriste un hogar para ser madre y tener un heredero de tus bienes? ¿Qué pesadumbre te impulsó no sólo a abandonarle, sino a rechazarle lejos de tu presencia? ¿Tanto ha que, colgando de tu cuello, le estrechabas amorosamente? ¡Ay! ¿A qué esperas? Tiende esos tus brazos; levanta a tu hijo, madre cruel; colócale el pezón de tu pecho en su boquita, dale la leche, abrázale y estampa unos besitos en su cara.

¡Inexplicable luto! En este luto los espectadores no derraman lágrimas, no prorrumpen en sollozos; muertos los dueños, la soledad llena de espanto a las casas y nadie piensa que llegaría a suceder en ellos cosa igual. El ajuar y los bienes abandonados reclaman a sus dueños: ha muerto un padre, y su hijo, huérfano, camina errante de aquí para allá; en otro sitio una madre se desploma sobre el cadáver de su mismo hijo y los otros se quedan mudos y ahilados con tantas desgracias. ¡Para qué tanta preocupación de prolongar una vida llena

de lágrimas y tristezas, en la que vivimos con tanto tormento y dolor? Preferible nos fuera hallar la tumba que cubriese con tierra la ignomina de nuestra mortalidad, pues de temer es que, por prolongar esta solicitud, un día echemos de menos al enterrador, ¡qué ya son tantos los que fallecen y tantas las casas que quedan vacías! Han cubierto los caminos las camillas, amontonadas de enfermos, y los muertos, des- cuidados, abandonados en las encrucijadas, yacen por el suelo en presencia de los que esperan una muerte semejante.

¿Quién vio nunca o contempló escena igual, horrible y lúgubre? El escribano, al caer muerto, rompió la pluma y se abrió la cabeza en las tablillas; en un féretro llevan a dos juntos, a veces a tres, viéndoles su maestro caminar al sepulcro y arrasados en lágrimas sus parientes; con sus galas las jóvenes, con las coronas las desposadas, viejos, adolescentes y niños impúberes, todos amontonados, descienden a la tierra. Las mujeres, que se escondían antes en los gineceos para evitar las miradas del vulgo, ahora, como carnes muertas de perros, son arrojadas de las casas para que pisen sus cadáveres, y la costumbre ha desnaturalizado tanto a las gentes que, como las fieras, tampoco ellas lloran al acompañar a los muertos; más aún: ni les llevan ni les dan sepultura. El número de los cadáveres ha llegado a ser tan grande que, fatigados de enterrar, los sepultureros ya no se cuidan de su oficio y no se encuentra quien se ocupe de sus compañeros. Estamos en tiempo en que nos vemos forzados a hacer los sepulcros en las entrañas de los perros y de las fieras del campo.

¡Ah, hermanos! Levantemos nuestras manos suplicantes al cielo e imploremos con lágrimas y gemidos la clemencia divina. Socórrenos, Señor, en esta hora: te pedimos que apartes la peste, cada día más pujante; no permitas que los cuerpos de tus siervos perezcan y sean presa de los perros y de las aves de rapiña; defiéndenos de tamaña vergüenza.

Te ruego también que impidas que los recién casados, cuando todavía se preparan a vestir sus galas, caigan víctimas de la peste y sean sus cadáveres abandonados a las bestias. Tampoco permitas que hombres y mujeres que vivieron casta y santamente largos años sean arrojados a los caminos en la hora de su muerte para que los pisen los transeúntes cual asquerosas inmundicias.

Pero mientras nuestro infeliz pueblo, precipitado en tantos males, contempla el espectáculo que le ofrecen las cosas de este mundo, justo es que llore las calamidades de nuestros hermanos y con dolor

acerbo y grandes gemidos invoque la clemencia divina antes de que la luz nos anocesca. A Ti, Padre e Hijo, te alaben los vivos y los muertos. Y al Espíritu Santo también ellos glorifiquen. Amén.

XXXIX

TEMOR Y ESPERANZA

Llamad, hermanos, bienaventurados a quien se persuadió de que la muerte es mal ineludible y por eso se prepara el viático para el camino de la eternidad.

—Sí te juzgamos bienaventurado, hermano, pues, sabiendo cuán efímeras y mudables con las cosas de este siglo, colocaste en el cielo el tesoro de tus buenas obras.

—Sin embargo, Señor, en el día que has fijado para juzgar y vengar los pecados de los malos dame tu ayuda por los méritos de tu Cruz santa, porque te compadeciste del ladrón.

—Confía, hermano, que el Rey del cielo aquel día vendrá a despertarte del sueño y vestirte el traje de la gloria.

—Así y todo, carísimos, me acongoja la muerte y me llena de tristeza, porque tengo que dejar para siempre vuestra compañía.

—Aunque así sea, tu cítara, que Dios trasladará desde nuestros coros a la Jerusalén celeste, tocará allá suavísimas melodías.

—Señor, te lo suplico: no apartes tu rostro de este tu siervo el último día de la vida, cuando tu divina majestad sustancie su causa.

—Pero confía, hermano, que Cristo no puede defraudarte y recompensará los trabajos que has hecho y por ellos te ensalzará según los méritos.

—Me inquieta precisamente eso, pues ¿quién va a estar sin recelo, cuando se que cada cual recibirá o será castigado según sus obras, como está escrito? Recréeme tu gloria, Señor, con tu luz cuando vengas; que tu gracia me levante y me introduzca en aquel reino, donde los justos, tus amigos, se gozan en la luz inextinguible. Tú la ayuda de los afligidos; te pido que tu piedad abogue por este pecador.

—Aquella esperanza que fomentaste en ti de día y de noche, esa será tu compañera cuando vayas a entrar en el Paraíso, cuando te amanezca el día de la resurrección.

—Cuando aparezca tu misericordia, Señor, ayúdame para poder

resucitar, para darte gracias por los beneficios mayores que de Ti he recibido, y de los que me confieso deudor en unión con los santos más esclarecidos en virtudes y de los mártires que ganaron lauros inmarcesibles.

Mientras vivimos, trabajemos por nuestra salvación para que un día podamos gozar de tu rostro y atestar tu liberalidad con nosotros.

XL

DOLOR SUMO ES PERDER TODOS LOS BIENES

¡Ay! Están sucios los sagrados templos:
No hay ya quien los frecuente,
Porque tú, Señor, a todos te llevaste,
Lloran a los sacerdotes, sus compañeros muertos,
Trasladados adonde la muerte no los vuelve.
Llorad, gemid ahora, ancianos;
Vuestro báculo ha sido roto,
No ha quedado quien os levante,
Quien sostenga a los flacos:
La muerte enemiga le quebró, le rompió y le sepultó.
A vista de tamaños estragos,
¿Quién de vosotros podrá contener el llanto,
Quién reprimir el dolor,
Quién no romper en rugidos,
Quién cohibir los suspiros
Al ver morir a jóvenes llenos de apostura y gentileza,
Cual flores arrancadas por torrente desbordado?
A Ti, Padre supremo, que nos criaste para tu gloria,
Te suplicamos nos conserves y defiendas piadoso
Para que no perezca la imagen augustada de tu rostro
Y se convierta en ludibrio de enemigos.
Te pertenece. Señor nuestro.
Mirar por la salud y seguridad de los que te imploran,
No hay género de muerte más triste
Que la muerte que sorprende al impío;
Su impiedad enciende la hoguera
En que se ha de quemar eternamente.

Para él no hay dolor consolador:
Dolor sumo es perder todos los bienes
Y desesperar de recuperarlos.
Pedimos a tu clemencia
Aparte de nosotros tan gran mal;
Guárdaos salvos, Señor;
No nos confundas a vista de los gentiles,
Que aun no te conocen.
Y porque la Ley que tu Majestad nos dio
No la hemos abandonado
Y tus mandatos hemos cumplido,
Líbranos, Señor, del juicio
Que viene veloz para condenación nuestra;
Líbranos de la justicia vengadora
Que amenaza con tormento a los reos.

XLI

JUICIO FINAL

Volaron mis días como un sueño, corrieron y se evaporaron mis años; la carga de mis delitos me está mostrando el juicio tremendo de la divina justicia y me asusta sobremanera, y por eso, con grande amargura de mi alma, clamo con el profeta: *No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque ningún viviente se justificará en tu presencia.* (Salmos 142, v. 2).

Avergüéñzate de dejarme deshecho en el sepulcro, pues eres Dios de misericordia; restitúyeme la forma perdida de mi cuerpo, movido a compasión, a fin de que, adquiriendo nueva hermosura cuando vengas, merezca entrar en tu reino.

“Cuando crecieron mis pecados –dijo Adán–, entonces se alteró el orden de todas las cosas que me eran propias. Los pecados me arrebataron la vida. ¿Quién me librárá de tantas calamidades como me afligen? El gran mal que me quitó la vida fue el haber pecado en el Paraíso y desobedecido a Dios.” Sus hijos todos entramos irremisiblemente por el camino que él nos abrió pecando y como él nos separamos de la santidad de Dios. Señor: por eso todos hemos de volver pronto a aquella misma tierra de que hemos sido creados, tierra sujetada a todas las calamidades.

Pero acuérdate de mí, Señor, y perdona a este reo. Soy obra de tus manos: Tú me has modelado. Recuérdate de tu primer amor, que eres misericordioso y mansísimo. Llegará el día en que llamarás a los muertos a la vida; te ruego que entonces no me separes de tu compañía. Ayúdeme tu poder, que antes me dio el ser: mira que soy juguete del diablo; te pido que reprimas su saña. Nos has llamado a tus templos; no permitas que caigan en poder de nuestro enemigo carníbero: comido de la envidia, él nos arrebató aquella luz, que le ofuscaba, y desnudos nos arrojó a las tinieblas del infierno (abismo), de donde no se vuelve.

La muerte maldita preside y está sentada a las puertas para impedir la salida, hasta la misma esperanza de salir de allí, si alguna quedara de evadirse. Envía, Señor, del cielo a tu Amado, que rompa los cerrojos del oscuro calabozo; puesto que ha vencido a nuestro adversario, repara la desgracia que nos aflige.

Tienen los padres de familias de qué gloriarse si de veras guardaron el depósito y si hicieron producir los talentos que el Señor les confió y si ganaron justamente; El les recompensará la solicitud que desplegaron: el último día se manifestará, los sacará de los sepulcros, premiará su fe y, porque cumplieron sus mandamientos, les llevará al cielo y les dará la compañía de los ángeles. Te pido que tu poder sostenga a los hombres que te pertenecen por el bautismo; que los siervos vigilantes vayan a tu encuentro esperando confiados y, llevando las lámparas encendidas, merezcan entrar en tu reino.

Luchador valiente: el día del juicio será el fin de tus trabajos; has entrado en la palestra y has salido victorioso, has consumado la carrera y has guardado firme la fe; el Hijo de Dios recompensará tus esfuerzos: aquel día será para ti día de premio. Cuando salga el Oriente (Jesucristo) desde lo alto del cielo para redimirnos de las tinieblas del sepulcro, pídele, que las oraciones le son hostias y oblaciones gratísimas; confía que al venir el Señor también oirás su voz y resucitarás.

Hijos, recibid la doctrina de vuestro padre, el testamento de su herencia: uno y otra proceden del Señor y permanecerán para siempre. Menos su doctrina, todo pasa, todo es perecedero: el mundo pasa, pasan las ilusiones y los sufrimientos; sólo perdura la vida en aquellos que vivieron bien y la tomaron como tiempo de ganar méritos; éstos, al fin de los siglos, irán en busca del Rey, que vendrá majestuoso. Las cosas buenas que nos han enseñado, ésas no pasan; dadme, carísimos,

este consuelo de que todos, todos caminéis en la verdad y en la sana doctrina, pues así, cuando el Esposo se deje ver, yo también me alegraré de la felicidad de mis hijos.

Hermanos, recibid la palabra del Señor, para que, viviendo aquí casta y santamente, paséis allá al mundo que no tendrá fin, pues el Señor se mostrará misericordioso con los que se acerquen a El y le busquen con amor y les dará su gloria. A sus cuerpos les llenará de claridad y, cosa que no se puede explicar con palabras, El, como cabeza, configurará perfectamente a la claridad de su cuerpo al pueblo de su elección; allí los hijos de la Iglesia conseguirán los bienes que desde toda eternidad les fueron asignados. Este estado dichosísimo les ha preparado Cristo por el amor sumo que les profesa: a Cristo Jesús acompañarán al cielo, después de celebrado el juicio solemne, aquel día en que se nos dé a ver viniendo en majestad.

¡Ay! Me veo obligado a dejar todos los bienes allegados, hasta el vestido, y desnudo y pobre partir de este mundo, y todas las riquezas en que abundaba y la vida misma me abandonan: los honores, los tesoros se quedan en el dintel de mi mausoleo; no pueden pasar más adelante, adonde meten a su dueño. Se marcharán también mis padres, me despreciarán: sólo el mirarme les ofenderá; y mi mujer y mis hijos, al verme despojado de mi primera honra, al momento se marcharán, aterrados por la oquedad de la noche que rodeará a mi cadáver.

Ricos y poderosos, venid vosotros aquí y considerar cuál es la transformación que se opera en todo lo nuestro y cuál su paradero final, y si descubrís en vuestra conciencia algunas manchas contraídas en la vida pasada y si os remuerden algunos pecados cometidos en tiempos anteriores, temed y temblad del fuego preparado para los malos y mirad cómo le evitáis vosotros.

Eres, Señor, la esperanza de todos y la vida de los que mueren, aunque para Ti no están perdidos los que mueren, sino dormidos: al primer deseo de tu voluntad se levantarán y sus dolores, como aventados por el soplo vivificante de tu boca, desaparecerán; sus mismos cuerpos, iluminados con una claridad sorprendente, resplandecerán como la luz de la estrella matutina y su alma gozará de una tranquilidad perpetua, calmados los movimientos que excitaba su natural ve-hemente e indomable.

Pues, según esto, te pido, mi Dios, que me limpies con tu gracia de las manchas con que me ensució mi depravada naturaleza, no

vayan a cerrarme la entrada de gloria prometida a la virtud, entrada que confío se me franqueará con tu favor para que yo, resucitado, después que reciba la claridad ofrecida por Ti al cuerpo, merezca asociarme a los ciudadanos de tu reino celestial. No fue tu deseo castigarnos con las calamidades que padecemos ni tampoco los días de nuestra vida se nos dan para estar sufriéndolas y acabarlos con la muerte y, después de un breve espacio, resolvernos en la nada: la muerte fue impuesta por Ti para impedir la licencia en el pecar, para que los hombres no se entregaran sin freno ni fin al pecado. El día último del mundo Jesucristo aparecerá, devolverá la vida a todos los muertos; pero sólo elegirá para entrar en su gloria a cuantos trabajaron esforzadamente, pensando que no son dignos de morar en el cielo después de esta vida los que El tuvo que reprender y castigar. Por tanto, portémonos prudentemente como solícitos obreros, con el fin de que al venir el Rey no tenga a menos el admitir a tales comensales en sus bodas. Cuando hayamos sido admitidos en su palacio olvidaremos todas las miserias sufridas, gozándonos de la bienaventuranza perenne.

El nacimiento de nuestro Rey invicto conmovió al orbe entero y, admirado, corrió en pos de El: resucitó a los muertos, dio vista a los ciegos, limpió a leprosos, venció a la muerte y al demonio y aseguró la libertad a nuestro linaje. El mismo, muerto y sepultado, salió lleno de gloria y claridad del sepulcro para volver al cielo, a la diestra de su Padre. Cuando llegue la hora bajará segunda vez al mundo con grande majestad, rodeado de los ejércitos de los espíritus celestiales: entonces cumplirá la promesa hecha en el Evangelio y realizará su ascensión triunfante a los cielos y dará para siempre la herencia íntegra de la bienaventuranza eterna.

XLII

LA CRUZ DE MI TUMBA

Cristo Rey, Reparador de nuestra salud: dame, concédeme la gracia de que a tu venida salga yo vivo del sepulcro y que cuando tu Majestad se manifieste me coloques a tu diestra.

Adoramos, Señor, tu Cruz, en la cual está puesta toda nuestra esperanza de salvarnos, que será la que dé a nuestros cuerpos la inmortalidad y la claridad. Esperan mis ojos tu redención y esperan

también mis oídos la palabra de tu juicio salvador: no me dejes abandonado en el sepulcro, que Tú eres la esperanza de los muertos enterrados. A Adán sepultado le resucitará la voz del Hijo de Dios y, como en otro tiempo a los hebreos, le llevará no a la tierra de promisión, sino que, conducido al cielo, le revestirá de gloria inmortal.

Mas, mientras no nos es dado remontarnos hasta allí, no cesan de resonar en nuestros oídos, como truenos, las voces de los santos: tus apóstoles gritan a los pecadores llamándoles a penitencia, amonestándoles que trabajen en la consecución de la verdadera gloria, pues la vida en este mundo es una fábula.

Nos anuncian nuestra resurrección futura los profetas; los apóstoles, el premio a la virtud, y el Evangelio del Señor nos muestra el camino por el que se va al reino. Que el mundo entero, los hombres todos, cayendo de hinojos, te adoren, Señor, y que toda la tierra alabe tu nombre, que eres Reparador de los que yacen muertos y esperanza postrera de todos los hombres.

Alégrese mi alma en Ti, mi Dios, y mis huesos digan: Señor, en tu misericordia danos vida. A Ti clamamos Dios inmortal, bien innato, imperecedero; mira que a nosotros la muerte nos apremia; mira nuestro dolor. Nuestros pecados nos obligan a pedir auxilio: por ellos perdimos el Paraíso y por eso, ahora y en todo tiempo, imploramos tu clemencia y te rogamos tomes a tu cargo la tutela de nuestra frágil y mortal naturaleza. No permitas, Señor, que nuestras culpas nos arrastren a la perdición, pues tú mismo eres quien perdona los pecados; no dejes huérfanos a estos tus pequeñuelos ni a los viejos les prive de toda protección ni les expongas a la ignominia y la miseria.

La muerte no cambia, la muerte siempre reprende al pecador de sus malas acciones; esto sólo te pedimos: que nos libres de sus manos, porque es sin entrañas, cruel, sin piedad. Guarda a la ciudad en que florece la religión, que ha extendido tu saludable doctrina a las demás regiones circunvecinas: que no se convierta, como la antigua Sodoma, en sepulcro y hoguera de sus mismos habitantes. Clementísimo Amador de los hombres: pon un freno a la boca de la muerte, cierra sus puertas infranqueables; así sucederá que los que no pudieron acabar con nuestra raza se conviertan en peana de nuestros pies.

Por aquel tu amor, Señor, con que nos amaste, no nos abandones y danos tu ayuda para servirte todos los días fervientemente.

¡CRUZ REPARADORA!

Vinieron los apóstoles a anunciarnos que con tu muerte había sido reparada la nuestra; rogámose que ellos mismos vuelvan a tu tribunal intercediendo compasivos por nuestra salvación.

Cristo Rey de la gloria, que recogiste a los hermanos que perdimos: protégenos con tu mano contra la muerte que, desenvainada la espada, amenaza nuestras cabezas; mas aquel divino Espíritu, de quien nos revestimos en el bautismo, abra las puertas de tu misericordia para que, admitidos en sus umbrales, atestemos la magnitud de tus méritos. Mientras, que deploren los ancianos su desgracia, pues tan frecuentes son las defunciones, que los jóvenes, enterradores de los ancianos, reclaman sepulturero; y si la muerte se lleva a los jóvenes, ¿qué les queda a los viejos más que la vergüenza de carecer de sepultura?

Demos de mano a toda otra preocupación y nuestro único cuidado sea rogar a Dios, no sea que su furor nos quite toda solicitud en aquella venganza que El ejecutó contra los de Sodoma, quienes, distraídos con otros negocios, no quisieron preocuparse de uno sólo: el de pedir la clemencia de Dios con oraciones y promesas.

En el templo ensalzan los sacerdotes, con los himnos y salmos que el Espíritu Santo les enseñó, a tu divina Majestad; ruégote y suplícole, dulcísimo Dios, que no permitas que esas melodías sagradas que te cantan se truequen en endechas funerarias de sus compañeros.

¡Santa Cruz! Tú que erigiste iglesias y templos magníficos en tu honor, levanta del polvo nuestra frente y devuélvenos todos los miembros, triturados, pulverizados. Los moradores abandonaron sus hogares y éstos se han quedados sucios, y sus cuerpos, impotentes para soportar el dolor, soltaron el alma.

Cruz reparadora del Salvador de la vida,
Expulsora de la muerte,
Tú, casa limpia y bien conservada,
Guarda al mundo puro, intacto y sin daño.
Padre omnípotente, que nos sellaste con la verdad:
Conserva en nosotros la herencia de tu Hijo,
Según tu promesa fiel,

Rehaciendo el cuerpo
Que formaste del barro.

Concédenos, Dios, lo que con lágrimas te pedimos; no desoigas nuestras súplicas; cumple según tu nunca desmentida compasión y, aplacado, da a tus siervos la paz y la salud.

XLIV

JESUCRISTO, PRENDA DE NUESTRA RESURRECCION

Al sonido de la trompeta terrible, despertados los muertos de sus sepulcros prorrumpirán en alabanzas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pues con su soplo divino recobraron sus cuerpos. El Padre hizo del barro al autor de nuestro linaje y a su posteridad la arrancó el Hijo de la vana superstición con la virtud de su Cruz. Hecho yo particionero con tu gracia de este beneficio, Señor, te pido que me coloques a tu diestra como cantor de tu santo nombre. Por estos tus beneficios hechos a nosotros, ¡oh Cristo!, de rodillas te adoramos, en Ti confiamos que nos darás la vida y la eterna felicidad a tus fieles servidores, que recibieron el bautismo y creyeron en tu muerte, muerte de cruz.

Demos, pues, gracias a Jesucristo, que con su venida acogió a la posteridad de Adán para repararla y a nosotros todos también nos recibió entre aquella porción de los justos que le fueron gratos y nos adoptó y nos predestinó para predicadores de sus alabanzas. Alabado y glorificado seas, porque diste al mundo con tu resurrección la prenda y el modelo que nos restituirá al estado primitivo de nuestra naturaleza y así aprendiésemos a ensalzarte como autor de la resurrección de toda carne y a celebrarte con perpetuas alabanzas.

Es del todo inminente la hora de mi separación y nadie hay que pueda impedir a la muerte que caiga sobre mí si no es tu Espíritu, Señor, el mismo que devuelve la vida a los muertos.

Por lo cual, mortales todos, cobrad ánimo y alabemos al Autor de nuestra salud, que con su muerte arrebató el poderío a la muerte y alcanzó la resurrección y la vida bienaventurada al género humano. Así, pues, alma, que te acogiste a la Cruz de Cristo, ten confianza, que heredarás el tesoro que permanece por toda la eternidad; da gracias a tu Reparador, que te mereció y regaló la compañía de los espíritus celestiales.

Pensando, pues, estas cosas nos elevamos a la adoración y reverencia de la benignidad del Padre, particular con nosotros, pues su Unigénito, allegado a nosotros, libró al humano linaje del diablo y de la muerte y ahora, sentado a la diestra de su Engendrador, intercede por todos nosotros. Y si en verdad la desobediencia del primer Adán acarreó la muerte y a todos sus sucesores los condenó y perdió, viceversa el segundo Adán los perdonó y devolvió a la vida. Por tanto, una y otra vez demos gracias al Padre, que constituyó a su Hijo salvador de nuestra raza y debelador de la muerte y del diablo y les sentó a su derecha como intercesores nuestro.

XLV

NO TE ALABAN LOS MUERTOS, PERO LOS VIVOS SI

Amé tu Ley, Señor, y por eso guardaré tus mandamientos. (Salmo 118). El diablo me envolvió en sus artes, me hizo su cautivo y por mi culpa fui reducido al polvo, al polvo del que nací. Pero no pierdo la esperanza de resucitar un día, cuando tu voz me despierte.

Engañado incautamente nuestro primer padre en el Paraíso, me hizo reo y me entregó al pecado y a la muerte; el Hijo de la Virgen María me absolvió de la culpa y me mandó que viviese para El. Cristo, usa con tu siervo, cuando haya pasado de esta vida, de esa tu misma clemencia el día en que yo resucite y Tú vengas, pues sólo Tú eres compasivo y sólo Tú perdonas los pecados.

Tan pronto como me asaltó el recuerdo de que tenía que morir lancé un gemido, desconfiando de mis propias obras: bien conocidas tenía mis muchas y graves faltas y crímenes nefandos, que todos serán manifestados un día a la faz del mundo entero. ¡Ay! Allí no habrá lugar a penitencia; allí no valdrán los suspiros, pues el Juez pesará los actos de cada cual con un peso justo y no se dejará doblegar ni con lágrimas ni sollozos.

Ahora me es forzoso implorar tu piedad: me lo permite esperar tu amor a los hombres. Vendrá el día en el cual los sepulcros arrojarán de sí a los muertos y resonará la trompeta con voz terrible como de trueno, y el mundo todo temblará. Entonces bajarán, obedientes a tu imperio, los ángeles, quienes separarán los buenos de los malos, y las nubes, amontonadas, levantarán en los aires los cuerpos de los santos.

Ruégote que en aquella horrenda commoción de las cosas de este mundo, recibiéndome en tu misericordia, me coloques a tu diestra; Tú eres bueno, Señor, y cualidad tuya la de hacer favores a desvalidos.

Vuelto después con la imaginación al infierno para contemplar los cadáveres, sucios por la inmundicia de aquel lugar, y mirándoles uno a uno a derecha e izquierda, arriba y abajo, clamé hacia Ti, Señor, y dije, pidiéndote que no me abandonases, lo que Ezequías; *El infierno no te alabará ni la muerte tampoco.* (Isaías, XXXVIII, 18). Yo sí que te alabaré; pero sólo te pido que me compadezcas y me levantes, porque Tú eres mi esperanza, y humilles al diablo, que se gloria de mi mal. El postrero día se juzgará sin misericordia a los malos que pecaron y no hicieron penitencia como convenía; pero los que obraron con rectitud y cumplieron los mandamientos del Señor recibirán justa recompensa en el cielo y la vida eterna. Alegraránse los justos y el recuerdo de sus trabajos pasados acrecentará su alegría y mutuamente se felicitarán. Tú, Señor, que eres compasivo con los pecadores y estás siempre dispuesto a perdonar, oye nuestras súplicas y compadécete de nuestro hermano difunto y perdónale sus pecados.

XLVI

LA MUERTE DEL JUSTO

No puedo menos de considerarte hombre dichosísimo, pues consagraste a Dios en los años juveniles tu cuerpo, conservando sin mancha como naveta de incienso purísimo; por eso el Señor te trasladó a la región vastísima de la paz, a los goces de la vida perdurable que El tiene prometidos.

Pasaste los años de tu vida por este suelo dado a las vigilias, a los ayunos y a la oración asidua y guardando la pobreza voluntaria, puenté tendido sobre este mar infame, infamado con las muertes de tantos naufragos; así no dudo que el Señor, único objeto de tus amores, te abrirá la puerta de su reino y te sentará a su diestra. Porque además durante toda la vida te diste al cultivo de la viña de tu Señor, te auguro que tu nombre correrá de boca en boca por toda la eternidad y que tus plegarias nos han de ser utilísimas. Mientras tanto, no cesaremos de alabar la bondad de Jesucristo, que te hizo vaso de honor digno de su majestad.

Al puerto que Cristo Rey preparó han llegado cuantos trabajaron denodadamente por él y con fidelidad cumplieron sus preceptos; sus huellas debemos todos seguir con igual amor a Dios, pues, como ellos, también nosotros conseguiremos la bienaventuranza eterna.

Todos los santos han conquistado la palma con el auxilio de la gracia de Cristo, que la ignominia de la cruz convirtió en glorioso trofeo; por eso determinaron trabajar con todo ahínco para conseguir el cielo, puerto seguro tras esta azarosa travesía y fin de todos sus trabajos. No ignoraban que en el último día vendría el Señor a la tierra y al subirse a la gloria ellos le acompañarían hasta allá.

Proteja, Señor, tu diestra a estos tus siervos, reunidos aquí para honrar la memoria de un hombre de probada virtud y santidad, con cuyos ruegos esperamos que darás la paz a los que concediste tu luz. La fama de sus acciones buenas se ha extendido por toda la región y los pueblos se persuadieron de que con su intercesión conseguirían algún beneficio. Protege a estos cristianos piadosos, que honran hoy su memoria, y dales la gracia de poderte servir durante su vida entera.

Grande y noble palacio se te prepara en el cielo, ¡oh bienaventurado!, pues no permitirá el Señor que queden sin recompensa adecuada tu caridad y tu obediencia. Ruega a Cristo Rey juntamente con nosotros, a quien amaste, para que no desampare nuestras almas.

Tu nombre venerable queda escrito en los fastos de nuestra Iglesia; pero tu gloria y tu felicidad, allá en el cielo, están junto a la diestra del Padre. Ahora te pedimos que interpongases tus súplicas y seas un muro fortísimo contra los asaltos del enemigo. En la tierra, sacerdote santo y venerable, se reverencia tu memoria; pero tus trabajos los está premiando el cielo, pues, enamorado de la gloria eterna, te hiciste merecedor de la corona. Pide con instancia y prontamente conseguiremos la paz y el perdón de Dios, que te eligió para que le gozases por una eternidad.

En este varón santo moraron de asiento la modestia, la mansedumbre, la pureza y la inocencia: se propuso ganar la batalla y venció. Demos gracias a Dios, porque, protegido por la loriga del Espíritu Santo, resistió a las tentaciones y a los trabajos. En este día solemne celebran, Padre, tu fiesta los hombres y los ángeles y los espíritus todos celestiales con suma alegría. Ruega tú al Señor, ya que has merecido entrar en el puerto seguro, que amanse las olas que nos embaten a nosotros, miserables. En este día solemne celebran, Padre, tu fiesta los ángeles y los hombres; pero también ensalzan el poder

divino que te dio la victoria en la lucha y se alegran de tu triunfo, porque has sido colocado como fuente saludable para lavar y expeler la tristeza de las almas afligidas y como refugio seguro contra todos los peligros.

XLVII

EL JUICIO PARTICULAR

Estando para emprender el camino largo, el camino lleno de zozobras, te recibí a Ti, ¡oh Hijo de Dios!, en viático; tan pronto como sienta hambre te comeré, Reparador de nuestro linaje: así me sucederá que el fuego (la tentación) no osará acercarse a mis miembros, pues no puede soportar el olor de tu Cuerpo ni de tu Sangre. Ahora, Señor, el bautismo me sirve de barquichuela: no temo naufragio y no dudo que en el día de mi reparación te veré.

Mas, hasta que llegue esa hora, mi alma desterrada, empobrecida, exhala hacia Ti estas quejas amargas. Vivo infeliz en un mesón que me manda el Señor abandonar; no hay medio de prolongar en él mi estancia: el cobrador que El ha enviado me urge, me obliga a mudar de lugar y evacuar la casa que hasta ahora habité. Adiós, cuerpo-mío; adiós, casita que me dieron para unos cuantos días: confío y espero que en la común resurrección de los muertos se me devolverá, secas las lágrimas de mis ojos.

¡Ay! Llegaron los verdugos a pasos de gigante, me cogieron de improviso: aquí está ya el espía y no le presentí yo. Líbrame, Señor, del tormento del demonio, enemigo implacable de los justos, tus hijos; permíteme volar a tu reino, en donde, asociado a tus santos, empiece a alabar y cantar tu gloria.

Mi alma se quejará y dirá: ¡Qué amargo es este cáliz que me ha preparado mi adversario la muerte! ¡Qué horribles este momento y esta hora funesta en que me acerco al juicio! Adiós, cuerpo, domicilio mío querido que poseí el tiempo que quiso el Señor; adiós. ¡Oh, qué tormento no desgarrará al corazón del pecador cuando Cristo Rey, Juez temible, se siente en el tribunal y ante El comparezcan todos los hombres que fueron y todas las cosas queden patentes! ¡Juicio horrendo, Juez tremendo, hora terrorífica! Dichoso será el que merezca, Señor, la protección de tu gracia.

XLVIII

LA TROMPETA DEL JUICIO

¡Con qué gloria, con qué horrendo aparato, Señor, llegará el día de tu venida, cuando te dejarás ver en lo más alto de los cielos! Con tu fulgor sacudidas, las puertas del cielo se abrirán de par en par, y los mundos de arriba y los mundos de abajo y los astros, todo quedará oscuro. El arcángel San Gabriel, enarbolando y enseñando por doquier el trofeo de la Cruz, ensalzará y alabará la fe de los hijos de la santa Iglesia y sonrojará con su locura y perfidia a los judíos y a los paganos. Despues, con tu voz omnipotente, Señor, dejarás vacíos los antros del abismo, y sacados de allí los cadáveres de los muertos, y animados otra vez por tu soplo, los llevarás a la vida inmortal, batiendo palmas a tu magnificencia los pueblos de todas las naciones y lenguas. Sonará la trompeta, prenuncio de tu venida próxima; los ángeles bajados del cielo ensalzarán la gloria del Dios venidero y, acto seguido, se despertarán los que yacían dormidos en el sueño de la muerte, señalados pregoneros de la Majestad que llegará sin tardanza. Estos, los que vivieron santa y castamente, acompañarán al Juez cuando se torne al cielo y, entrados en él, cerrarán las puertas; luego, rechazados, los réprobos rodarán hasta los infiernos. Señor, te ruego que no me cierres la puerta de tu misericordia, a mí que me has criado para magnificar tu nombre. Venid ahora, amigos, y honremos el tránsito de nuestro hermano pidiendo al Arbitro supremo de la vida que lleve a la región de la luz al que sacó del tráfago de las cosas terrenales y le junte a los que aprobaron sus obras y su celo. Oremos para que éste, que ha salido de vida mortal, oiga la invitación de subir al reino eterno, preparado por Jesucristo en la región beatísima de los cielos.

Tu muerte, no lo ocultamos, nos es muy sensible y nos produce un dolor acerbo, sobre todo por vernos privados de tu compañía y porque has ido a regiones desconocidas para nosotros. Sin embargo, no olvides la palabra del que aseguró que quien no hubiere sufrido contradicciones y dolores por Cristo no tendrá la vida en sí mismo. Ahora bien: como tú has cumplido los mandamientos del Señor, la benignidad por esencia, no dudes que serás introducido en los reinos de la luz que no se apaga y que recibirás la recompensa en el descanso eterno.

XLIX

ESPERANZA

Sentado junto a un sepulcro contemplaba el esqueleto de un hombre encerrado en él; me dolía que estuviese deshecho y sucio, a causa del frío y la humedad, y en gran parte reducido a ceniza: por eso no podía yo reconocer la hermosura del rostro. Mi dolor aumentaba al ver dispersos en derredor los huesos de los muertos y desmenuzados por el prolongado abandono; no pudiendo sufrir aquel triste espectáculo me retiré. Al instante me acordé de que todos los muertos volverán a la vida y el sonido de la trompeta, anuncio de cosa tan grande, resonó en mis oídos. Tu bondad me dejó suspenso, Señor, considerando que has preparado a los descendientes de Adán un remedio a la muerte. Este pensamiento me movía a leer con más atención las promesas del Evangelio.

Después comencé a dar gracias a tu Majestad, ya porque hermoseaste a nuestra naturaleza con tu imagen, ya, sobre todo, porque en estos últimos tiempos enviaste a la tierra a tu hijo para expeler el error y porque has determinado que vuelva el día postrero del mundo, visite las tumbas de los muertos y sacando de ellas a la raza entera de Adán le dé la inmortalidad, pero con esta condición: que se lleve consigo al cielo a los justos y precipite en los infiernos a los malos entre los aplausos de los buenos.

Justo es tu juicio, Señor; Rey del Universo eres, Dios; a Ti sean dadas la alabanza y la gloria.

L

ORACION

¿A dónde, Señor, huiré de tu rostro?
¿A dónde me esconderé de tu presencia?

El cielo es tu silla,
La tierra el escabel de tus pies,
Tus caminos en el mar,
Tu imperio en el abismo.

Si el mundo se acerca a su fin,
Te pido, Señor misericordioso, buen término.
Tú sabes nuestras muchas iniquidades,
Nosotros sabemos tus muchas misericordias.
Si tus misericordias no se interponen a tu gracia
Por nuestros pecados, perdida está nuestra esperanza.
Estamos, Señor, desahuciados.
Señor, Señor, no escondas tu mano de nosotros,
No nos abandones,
Ya que nos alimentas con tu Cuerpo y tu Sangre:
En el último día de los tiempos,
Cuando las obras de todos los mortales sean juzgadas,
No nos arrojes de tu presencia,
Que hemos confesado tu nombre santo.
Padre, Hijo y Espíritu Paráclito,
Salvad y defended nuestras almas del malo.
Pedimos a tu clemencia perdón de los pecados,
Que nuestras ignorancias disimules,
Abras las puertas de tus misericordias,
Concedas tiempos tranquilos.
Abiertas tus puertas a los arrepentidos,
Escucha aplicado nuestras súplicas,
Despáchala conforme a nuestros deseos.

INDICE

PROLOGO	3
I. El buen pastor	9
II. La mística sal de las almas	13
III. La fe robusta	13
IV. La cítara se ha callado	14
V. El apóstol	15
VI. La castidad	17
VII. Se ha apagado la lámpara	18
VIII. Consuelos	20
IX. ¡Ansias de cielo!	22
X. El testamento	23
XI. El triunfo de la virtud	26
XII. Modelo de diáconos	28
XIII. ¡Añorándose!	28
XIV. El sacerdote santo	32
XV. Tierna despedida	33
XVI. Modelo de sacerdotes	35
XVII. El polvo de Adán	38
XVIII. La Iglesia llora la ausencia de su párroco	39
XIX. El sepulcro de un rey y de un mendigo	40
XX. Ayes de un padre moribundo	42
XXI. Consejos de una madre en su lecho de muerte: deplora el legado de Eva	44
XXII. ¡Ha muerto la dueña de esta casa!	49
XXIII. Pongamos nuestra confianza en Dios	50
XXIV. ¡Los jóvenes, báculos de la vejez!	52
XXV. La confianza de un corazón	53
XXVI. ¡El Hosanna triunfal de mi niño!	54
XXVII. Niño feliz, pedro madre desolada	55
XXVIII. Piensa en el mañana	55
XXIX. ¡Lo que dice la tumba!	57
XXX. La oración del moribundo	58
XXXI. La aura de la resurrección	60
XXXII. Los lirios del Jardín del Cielo	61
XXXIII. La alabanza de los parvulitos	62

XXXIV.	¡A todos iguala el sepulcro!	62
XXXV.	¡Vanidad de vanidades!	67
XXXVI.	Altercado entre la muerte y el Diablo	70
XXXVII.	Estragos y castigos de la peste	71
XXXVIII.	¡Desolación aterradora!	74
XXXIX.	Temor y esperanza	76
XL.	Dolor sumo es perder todos los bienes	77
XLI.	Juicio Final	78
XLII.	La cruz de mi tumba	81
XLIII.	¡Cruz reparadora!	83
XLIV.	Jesucristo, prenda de nuestra Resurrección	84
XLV.	No te alaban los muertos, pero los vivos sí	85
XLVI.	La muerte del justo	86
XLVII.	El juicio particular	88
XLVIII.	La trompeta del juicio	89
XLIX.	Esperanza	90
L.	Oración	90